



RAZONES DE ESTADO

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite.

Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello.

LÁZARO
DE
TORMES.



Indiana James

Razones de estado

Bolsilibros - Indiana James - 12

ePub r1.0
LDS 24.04.18

Título original: *Razones de estado*
Indiana James, 1985
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

No andaba yo muy brillante en aquella época.

Me refiero concretamente al día en que trataron de secuestrar a Oscar y me atacaron los seis equilibristas.

He de reconocer que últimamente estaba bebiendo más de la cuenta, y que me pasaba todo el día mirando el infinito y otras cosas sin interés, y que movía los labios como si mantuviera sesudas conversaciones con mi fuero interno. En definitiva, me comportaba como lo haría cualquiera de ustedes si su esposa, o la persona más maravillosa del mundo (cualquiera de las dos) les hubiese dedicado unas frases de despedida antes de emprender viaje hacia el futuro. Eso, después de haber peleado contra un dinosaurio, suele provocar un cierto trastorno mental.[1]

Sin embargo, para ser justos, digamos que yo estaba a punto de salir del negro pozo en que me hallaba. Prueba de ello es que me despertó un vivo interés en el momento en que vi las pantorrillas de Darling.

Eran unas pantorrillas largas, esbeltas y carnosas, tan perfectas que sólo pueden ser descritas a base de eludir todo defecto. Así pues, la blancura no era musculosa ni excesiva. Tenía el grosor idóneo y la curva se estrechaba a la altura ideal formando un tobillo ejemplar donde no predominaba ni el hueso ni la carne, ni el volumen ni la finura, tobillo que era como una prodigiosa obra de arte… enfundada en un zapato rojo con topos amarillos.

El par de zapatos me hizo parpadear y supongo que contribuyó a arrancarme de mi comatoso estado mental, como si me hubieran echado un cubito de hielo por la espalda o algo por el estilo.

Pero sigamos: las medias eran con costura, una sinuosa línea oscura que subía desde el talón y se perdía en el interior de una

estrechísima falda tubo, de color rosa brillante. Esa falda moldeaba fielmente los dos muslos firmes, apretujándolos el uno contra el otro, y dibujaba por fin unas posaderas rotundas y gemelas, del tamaño de dos manos abiertas, tentación enloquecedora envuelta para regalo.

Darling corría. Pasó por mi lado y siguió corriendo, alejándose de mí. La falda le embutía los muslos de tal manera, que tenía que mantener juntas las rodillas y levantaba los pies de forma grotesca, hacia los lados, en una carrerita ridícula y coquetona.

Para cuando me di cuenta de esto, ya había reparado también en qué lugar me encontraba en Los Angeles, First Street, cerca del Bradbury Building, que hacía un sol espectacular, que la propietaria de las piernas perfectas era desvergonzadamente rubia, y que llevaba a un niño de la mano.

Yo entonces aún no lo sabía, pero aquel niño era Oscar. Se volvió a mirarme como si le molestara mi presencia, concretamente la mía, entre la muchedumbre que llenaba la calle. Era rubio, pecoso, dentón, con gafas, el típico repelente de la clase, el que lo sabe todo y te pone en evidencia delante de los amigos.

Tenía otro rasgo que lo caracterizaba y distinguía entre los demás niños de su edad. Una voluminosa pistola «Smith & Wesson» del 38 que, al tiempo que corría, dirigió hacia mí con gesto de cow-boy perseguido.

Ése fue otro de los detalles que me animaron a reincorporarme a la vida activa. Ése, y los seis equilibristas que llegaron detrás de mí, me rodearon golpeándome con el hombro y apartándome sin contemplaciones, y prosiguieron la persecución de que hacían objeto a la mujer y al niño.

El niño *disparó*.

Hubo un estampido, y chillidos de señoras que echaron a correr agitando las manos por encima de las cabezas, y frenazos de coches en diez manzanas a la redonda, y gente que se tiraba al suelo y se parapetaba tras los árboles tratando de imitar lo que habían visto en el cine.

Pero ni yo ni los equilibristas nos inmutamos. Yo porque aún estaba medio aturdido, semi-comatoso. Los equilibristas, pensé,

porque eran gente disciplinada, curtida en cien combates, que no era la primera vez que se encontraban ante el cañón de un arma de fuego. Iban vestidos con ternos grises y azules, como respetables ejecutivos que pagaran puntualmente sus impuestos.

Cayeron sobre chica y niño y empezaron a forcejear con ellos con la serenidad, la frialdad, la desgana de asesinos a sueldo.

He conocido a suficientes en mi vida como para identificar a uno entre mil. Con más razón a seis juntos.

Killers, torpedos, asesinos a sueldo de la Mafia.

La razón me dijo: «No te metas, es una locura». Pero creo que ya ha quedado claro que yo, en aquellos momentos, estaba absolutamente enloquecido.

Así que me metí.

Envié una patada a una base de columna vertebral. Luego, un puño a cada nuca, para continuar la trayectoria buscando cada puño su rostro receptáculo. Sólo el que había sujetado al crío quedaba ante mí, y puso al chaval entre mi puño y su nariz.

No había quien parara el puño. Eso lo entendimos yo y el chaval, pero no el killer que había agotado todo ingenio levantando al chico del suelo.

Oscar se agachó. Mi puño pasó por encima de su cabeza y fue a dar en la nariz del killer. La nariz hizo crac, el killer cayó de espaldas, el chico saltó limpiamente al suelo, disparó por segunda vez provocando más pánico que la primera, la rubia platino abrió la puerta de un taxi gritando:

—¡Al coche, Oscar, al coche…!

Con eso, consiguió que el taxista saliera disparado por la puerta del otro lado y no parara de correr hasta llegar a Pasadena.

El chico saltó al interior del taxi.

Yo estaba entretenido zurrando a los equilibristas. Quizá fueran buenos con el gatillo o con el puñal, pero pugilísticamente hablando, no iban más allá del peso pluma. Asesinos de tira la bala y esconde la mano, señoritos remilgados que se hacían la manicura después de clavar un puñal en alguien. Daban volteretas, y hacían extravagantes contorsiones al recibir mis puñetazos. Se hincaban de cabeza en los adoquines y chocaban entre sí a cada volea que les enviaba.

El taxi se puso en marcha.

Se iba.

Apenas pude agarrarme a una manija y, corriendo a su lado, abrir la puerta para precipitarme dentro.

—¡Buen trabajo, forastero! —dijo el chico en señal de bien venida.

Me apuntaba con la pistola. La aparté a un lado. Yo acababa de despertar a la vida y, como siempre que acabo de despertarme, estaba de mal humor.

—¡Oye, encanto! ¿Estabas dispuesta a dejarme en manos de esos animales, después que te he ayudado a escapar? —le grité.

No suelo llamar encanto a las chicas, pero aquélla invitaba especialmente a que la llamaras de aquel modo. A la hora de peinarse y maquillarse, su modelo ideal de chica era, sin duda, Doris Day. Pero se le iba la mano en el rojo de los morros, en el verde esmeralda de los párpados, en el colorete de los pómulos, y en las líneas violetas que le perfilaban las pestañas. El rubio de su pelo era más falso que un dólar de plástico y su expresión y su risa eran mohines mal aprendidos y poco ensayados.

Y, sin embargo, no se le podía negar belleza a la chica. Era como si se hubiera empeñado en disimular sus encantos naturales.

Bien, en la milésima de segundo que dediqué yo a estas reflexiones, ella aprovechó para responder a mi pregunta:

—Bueno —dijo con voz aguda—. No estaba segura de que quisieras ayudarme en el secuestro…

Se me pusieron todos, absolutamente todos y cada uno de los pelos de mi cuerpo, de punta. Y me pareció que hacía mucho frío, como si estuviera a punto de nevar.

Pero, al mismo tiempo, en esa milésima de segundo en que estaban sucediendo tantas cosas, los equilibristas también ponían su grano de arena.

Ahora comprenderán por qué les llamo «equilibristas».

Los seis corrieron, como yo, tras el taxi robado. Y los seis, como obedeciendo a la orden de «hop» de un invisible domador, saltaron sobre el coche como tratando de pararlo con su peso y con la fuerza que empleaban para agarrarse a cada saliente.

La chica que conducía reconoció al que viajaba en el techo y asomaba su cabeza frente al parabrisas.

—¡Oh, Ronnie, Ronnie! —le dijo—. ¡No sabes cuánto lo siento!

Frenó en seco y Ronnie salió disparado como una bala. Saltó por encima de la barandilla que delimitaba la calle autopista que recorríamos, y fue a parar a la calle que transcurría por debajo de nosotros, provocando un determinado caos automovilístico que no me pararé a detallar.

Saltimbanquis uno y dos rompieron con perfecta desfachatez los cristales de las ventanillas izquierda y derecha respectivamente, y alargaron sus brazos hacia mí y el chico, con no sé qué discutibles intenciones.

Hice como si les ayudara. Les agarré de los brazos y tiré hacia mí, hacia el interior del coche, como para que se dieran la mano, o algo así. No era lo más conveniente para ellos en aquel momento. A pesar de su fantástica habilidad para ir agarrados de coches a toda velocidad, se les descoyuntó algo y cayeron al asfalto en posturas muy poco dignas.

El chavalín aún conservaba en su poder la
«Smith & Wesson»
del 38. Disparó hacia el techo, al azar. Y escuchamos un grito y otros dos de nuestros enemigos (de momento, no supe entender por qué dos, y no uno, o tres) se desprendieron del coche, y salieron volando, y uno de ellos incluso consiguió aterrizar artísticamente sobre el capó del Chevy que venía detrás de nosotros.

Faltaba uno por desprender del coche. Decidí no vivir tranquilo hasta que no supiera qué se había hecho de él. Por fin, lo vi. Se trataba del pobre desgraciado al que había golpeado sañudamente en la nariz. Viajaba empecinadamente agarrado al guardabarros trasero, arrastrando por los suelos su elegante terno azul, pataleando y mirándome con cara de poca convicción.

No duró mucho. Sólo desde First Street hasta Pasadena. Por fin, se soltó, se puso a dar vueltas y volteretas por la calzada.

Entonces, y sólo entonces, pude devolver mi atención al aspecto del caso que más me interesaba. Acababa de comprender que parecía falsa la rubia. Parecía exactamente la amiguita de un gángster.

—¿De quién es hijo este niño? —pregunté.

—De nadie. Legalmente, nadie me puede hacer nada.

Pasé por alto aquella observación.

—¿De quién son amigos esos muchachos tan abnegados?

Esperaba escuchar el nombre de un gángster, algún miembro de la Mafia, o la Cosa Nostra, o la Camorra, o de alguien que fuera socio de todos esos clubes a la vez.

Y la rubia falsa dijo:

—Trabajan para Bucky Brownjohn.

—¿Bucky Brownjohn? ¿Robert Brownjohn, el del caucho? ¿El señor Robert Brownjohn?

Era como hablar de Ghandi, o de John Lennon, o de aquella monja de la India que recibió un premio Nobel. Un altruista nato, una bellísima persona…

La rubia falsa completó el retrato-robot:

—Oscar es su hijo adoptivo. Y yo soy su amante.

Con la vista obsesivamente clavada en el revólver que sostenía aquél niño repelente, pensé que hacía apenas una hora la vida no tenía sentido para mí. Por eso vagaba alucinado e indiferente a todo por las calles. Por fin, había dejado de babear y había salido del negro pozo.

Pero la vida no había recuperado por eso ningún tipo de sentido.

Más bien al contrario.

CAPÍTULO II

Abandonamos el taxi al final de una larga cola de otros taxis que esperaban delante de un hotel, caminamos hasta el primero de la fila y lo ocupamos para trasladarnos en él a mi refugio de Long Beach.

Nadie se fijó en los desperfectos que tenía el coche que dejábamos atrás, ni en el hecho de que quedara sin conductor. Yendo en compañía de Darling, era muy difícil que los hombres se pararan a observar ningún otro detalle del paisaje. Creo que la chica podría haber levantado un muro en mitad del Sunset Bulevar, ladrillo a ladrillo, y los guardias, fascinados por su figura, hubieran interrumpido el tráfico para facilitarle la tarea.

Eso sí: si alguien preguntaba, todos podrían dar razón de la chica de los zapatos rojos con lunares amarillos. Por eso, pedí al taxista que nos dejara un tanto apartados de mi refugio y le exigía Darling que se quitara los zapatos, que se envolviera en mi sucio chaleco de cremalleras, y que se despeinara un poco.

—¡Sí, sí, sí, hazlo, Darling! —gritaba entusiasmado el mocoso, agitando cerca de mí el
«Smith & Wesson»
del 38.

Para entonces, yo vivía en un miserable reducto de cinco metros por cinco, amueblado con una Cama de sábanas revueltas, una mesa que se aguantaba gracias a la pared, una silla desfondada, otra silla pintada de verde, un tumbona de playa (¡máximo confort!) y un biombo que separaba lo que podríamos llamar «zona habitable» de lo que podríamos llamar «el baño» (un lavabo descascarillado cuyo grifo goteaba).

—¡Oh, qué encantador! —exclamó Darling—. Se parece a la

casita de mis papás, cuando yo era niña.

—¡Es como la casa de un loco asesino! —Se maravillaba el chico, que tenía una forma muy peculiar de hablar.

Antes que nada, nos presentamos.

—Yo me llamo Darling Hillary, ¿no es encantador? Y él es Oscar…

—Oscar Brownjohn —deduje yo.

—No. Oscar Cero. Oscar Nada. —Puse cara de sorpresa—: Cuando te lo cuente todo, lo entenderás. ¿Te importa que me siente en tu cama? Gracias. Bueno, ¿y tú? ¿Cómo te llamas?

—Indiana James.

Al chico se le saltaron los ojos del rostro, como pelotas de *ping-pong*. Saltó a mis brazos, delirante.

—¡Indy! ¡Sabía que me salvarías! ¡Es maravilloso! ¡En cuanto me escapo, me encuentro con Indy en persona…!

De nuevo, alguien que me confundía con el tipo ése del cine.

—Me llamo James. No me llamo Jones, sino James.

—¡Y qué más da Jones que James! —Me perdonó Oscar, sin perder un ápice de su entusiasmo. Y preguntó—: ¿Y esto cómo se titula?

—¿Esto…? —me extrañé.

—Sí: «En Busca del Arca Perdida», «El Templo Maldito», «El Corazón Verde…».

Deposité a mi impertinente fan en el suelo.

—¡Mira, nene…! —empecé.

—No le riña —pidió Darling—. Lo entenderá todo cuando se lo explique…

—¡Está bien, pues explíquemelo de una vez!

—¡Ya lo sé! —dijo el chico, que iba a la suya—: ¡Se titulará «Razones de Estado»! ¿Os gusta? ¡Razones de Estado!

—Cállate un momentito, Oscar —dijo Darling—. Indy y yo vamos a conspirar.

—¿Y haréis *flash-back*?

Insisto en que el niño hablaba raro.

—No, de momento, no —le seguía la corriente ella.

—¿Y luego os besaréis y haréis el amor?

—Ya veremos.

Yo suspiraba y tragaba saliva, muy impaciente. Y no solamente por las sugerencias del niño raro.

—¿Queréis explicaros de una maldita vez? —reclamé.

Quizá para comprender lo que siguió a continuación, convenga saber lo que yo (como todo el mundo) sabía del misterioso Robert «Buck». Brownjohn, el Magnánimo.

Se trataba de un magnate del caucho, propietario de gran cantidad de hectáreas en alguna parte del Brasil. Un día, fue secuestrada por una tribu de indígenas y se le dio definitivamente por desaparecido. Su esposa y su hijo salieron fotografiados en portadas de revistas, llorando, y se hicieron muy populares. Apenas un año después, los dos morían en accidente de tráfico, lo que todavía dio más que hablar de la familia Brownjohn. Pero la gran sorpresa fue cuando al año siguiente (creo que esto era por el 78) el Consejo de Administración de las Empresas Brownjohn declararon públicamente que «Buck» había reaparecido. Decían, sin embargo, que volvió tan desfigurado después de las penalidades pasadas en la selva, y que había quedado tan destrozado moralmente, que no quería aparecer en público.

Efectivamente, nadie había visto el rostro a «Buck». Brownjohn desde que se había reincorporado a la civilización. Y eso, unido a una repentina política de filantropía desmedida, lo habían convertido en una leyenda. Sus donaciones para mejoras en los *Ghettos*, sus Hospitales, sus Fundaciones de Investigación Para Una Vida Mejor le habían ganado el favor de un 99% de los americanos. Bajo su inspiración se había creado el Club de los Generosos, una sociedad que había nacido bajo el signo del más puro y convencional altruismo y que se estaba convirtiendo en una de las sectas para-religiosas más importantes de Norteamérica. Su consigna era: «Dios no nos necesita. El hombre sí», y resultaba lo bastante ambigua como para que pudieran pertenecer a ella miembros de todas las comunidades religiosas.

En fin, con todos estos antecedentes es lógico que me sorprendiera saber que Buck Brownjohn El Magnánimo tenía una amante que parecía la muñeca de un gángster y un niño adoptado al que ni siquiera había dado su apellido, condenándole a llamarse Oscar Cero u Oscar Nada. Por eso, en definitiva, grité:

—¿Queréis explicaros de una maldita vez?

—Éste es un niño muy desgraciado, Indy. Nació hace siete años…

—¡Siete años menos cuatro días! —proclamó el chico, muy ufano.

—Quítatela camiseta, Oscar. Enséñale tus marcas a Indy…

—¡Mis cicatrices de combate! —Presumió Oscar, quitándose rápidamente la camiseta decorada con el distintivo de un equipo de béisbol.

Se me puso la carne de gallina. Supongo que palidecí al ver las siete cicatrices en el tórax del crío. Siete horrorosas cicatrices tan simétricas, tan minuciosas, que no me hacían pensar en una operación quirúrgica, sino en algún cruel ritual. La voz de Darling Hillary pugnaba inútilmente por sustraerme a la repugnancia, al odio y a la abominación que aquella obra maestra del sadismo despertaba en mí.

—Se lo hicieron nada más nacer, nada más salir del vientre de su madre. Y de inmediato lo encerraron en la Fundación Brownjohn de donde, hasta hoy, no había salido jamás…

—¿Pero por qué? —preguntaba yo—. ¿Por qué?

—… No ha ido nunca a un jardín de infancia, nunca ha estado con otros niños, nunca ha hecho nada más que corretear a su aire y ver cine.

—¿Pero por qué? —insistí.

—No lo sé. Yo sólo sé que, hace dos años, un empleado del Brownjohn me vino a buscar. Parece ser que Buck me había visto en mi última película y le había gustado mi trabajo. Bueno, no creas, no era una super-producción, era más bien una serie B de presupuesto reducido, sin pretensiones, pero, vaya, para ser pornográfica, no estaba tan mal. Al menos, a Buck Brownjohn le gustó y me envió a buscar. He sido su amante en estos dos años y he vivido en esa maldita Fundación, encerrada, sin poderme mover, igual que Oscar… igual que el mismo Buck El Magnánimo…

—¿Tú has sido la amante de Buck El Magnánimo? —pregunté por enésima vez. No lo podía creer. Supongo que fue en ese momento cuando se me ocurrió que Darling y Oscar debían valer más de cien mil dólares para cualquier revista que quisiera su reportaje en exclusiva.

—A poco de estar allí, conocí a Oscar. Lo tenían bien

alimentado, y le daban todos los juguetes que se anunciaban por televisión, pero en los últimos meses le había dado por llamar a su mamá. Parece que había visto «Kramer contra Kramer», aquella película de Dustin Hoffman, y se le había despertado el instinto filial. Buck me dijo: «Anda a ver si puedes hacer algo por el crío». Y así fue como me convertí en su madre…

—Increíble —balbucí sin aliento.

—Oscar sólo tenía un amigo allí. Ronnie… ¿Te acuerdas de Ronnie, Indy? Es el gángster que se había agarrado al techo del coche, el que salió disparado la primera vez que frené…

—Era tu mejor amigo… —murmuré, mirando al niño como se mira a un monstruo.

—¡Qué leñazo se ha pegado, ¿eh?! —dijo él. Y en sus palabras siguientes me descubrió cuál era su auténtica visión de la vida—: A ver de qué hace la próxima vez que le vea. A mí me gusta más de bueno, que de malo. Pero de malo tampoco estaba nada mal, ¿verdad? Cuando nos agarró a mí y a Darling, cuando tú le pegaste…

Para Oscar todo era una gran película. No existía la muerte. Ronnie simplemente no podía haber muerto, como tampoco podía morir Paul Newman en «Dos hombres y un destino» porque poco tiempo después protagonizó «El Golpe»…

No estoy seguro de que sea muy sano para una mente debilitada como la mía enfrentarse a todo lo que yo me enfrentaba en aquel momento.

—Ronnie y yo hicimos muy buenas migas —siguió Darling—. El fue quien me contó la historia de los cortes que lleva Oscar en el pecho. Oscar es hijo de la primera mujer que dio a luz en el Hospital Brownjohn. Lo tuvo bajo anestesia. A ella le dijeron que el niño había nacido muerto. Y al niño se lo llevaron a un quirófano próximo y le hicieron todo eso.

—¿Pero por qué? —exclamé, fuera de mí.

—No lo sé, Indy. Pero para algo malo. Algo relacionado con lo que ellos llamas «El Gran Día»…

—«¿El Gran Día?»… —Hice yo.

—¡El día de mi cumpleaños, dentro de cuatro días…! —dijo Oscar.

—Tengo miedo de que ese día hayan decidido matarlo susurró

Darling.

—¿Pero por qué? —repetí yo, como un aparato estropeado—. ¿Qué explicación puede tener todo esto?

—¡No lo sé, Indy! Alguna costumbre salvaje. ¿Quién sabe qué puede pasar por la cabeza de un indio?

Me quedé muy quieto. Sólo moví los ojos.

—¿Un indio? —pregunté.

—Sí, Indy. Buck Brownjohn es un indio, con los labios gruesos, los ojos rasgados, la nariz chata… —Yo la miraba fijamente—: Tiene toda la cara tatuada…

Entonces me relajé y lo comprendí todo. Recordaba perfectamente las fotografías que había publicado la prensa cuando Brownjohn desapareció en la selva amazónica. Se trataba de un magnífico ejemplar ario, de piel muy blanca, ojos azules y canas enredadas en abundante pelo rubio.

Aquella pareja me estaba tomando el pelo. Debían de haberse escapado de algún manicomio. No podía ser otra cosa.

Así que di un bufido, me puse en pie y anuncié:

—Bueno, se acabó el telefilme, ha llegado la hora de los anuncios. Si me permitís, iré a llamar a la policía…

Me miraron los dos, Darling y Oscar, aterrorizados.

CAPÍTULO III

Darling saltó hacia mí, se me colgó del cuello. Con los ojos me suplicaba, y me prometía maravillas a la vez si era bueno con ella.

—¡Indy, por favor, no! ¡Brownjohn tiene a la policía de su parte! ¿No ves que no hace otra cosa que buenas obras…? ¿Quién podría creerse todo lo que acabamos de decirte?

—Nadie, efectivamente —repliqué—. Ni siquiera yo.

—¡Indy! ¿Cómo puedes no creernos?

—Sencillamente, lo consigo gracias a que vuestras historias son completamente increíbles…

—¿Increíbles? ¿Qué es lo que no te crees? ¿Que yo haya secuestrado a Oscar para salvarlo? ¡Tú mismo has visto a Ronnie y a los otros atacándonos ferozmente…!

—Eso me hace pensar que te has llevado al niño contra la voluntad de una persona que tiene poder para contratar a Ronnie y sus mariachis. Nada más.

—¿Y te parece poco? —se exclamó ella.

—Me parece muy poco comparado con el resto de los disparates que queréis que me trague. ¿Brownjohn El Magnánimo viendo películas porno, arrebatando un hijo a su madre en el momento de nacer, torturando a un niño…?

Darling me pareció de pronto excepcionalmente serena y madura.

—¿Si Oscar te cuenta una historia increíble y tú puedes comprobar que es cierta, creerás todo lo demás?

—Si tiene que ver con Brownjohn, sí.

Sin dejar de mirarme fijamente a los ojos, Darling dijo:

—Cuéntale a Indy lo que sabes del Parque de Atracciones de Papá Brownjohn, Oscar.

—Me lo contó Ronnie —dijo el niño, muy aplicado—. Era uno de los cuentos que más le gustaba contar. Más que el de La Matanza de San Valentín. Dice que, una vez, Brownjohn se hizo amigo de los traficantes de armas… —Todo aquello cada vez resultaba más espantoso. Aquel niño decía «traficantes de armas» con tanta alegría como si dijera «los enanitos del bosque»—. Y ellos le dijeron si les podía guardar las armas, porque la policía los perseguía y les metería en la cárcel si los encontraba. Así que Buck dijo: «¿Dónde es seguro que la policía nunca buscaría las armas de los traficantes…?». Y se dijo: «En el Parque de Atracciones de Papá Brownjohn».

La historia era más larga, adornada con astucias de Papa Brownjohn y diversas anécdotas excepcionalmente sangrientas y crudas. Aquel chico no sabía lo que era la censura. Pero, poco a poco, fui creyéndole. Todo aquello, decidí, era verdad. Después de todo, he luchado contra zombis en Stonehenge,[2] he escapado de los muertos vivientes del barco fantasma,[3] he cazado mamuts[4] y he peleado contra dinosaurios.[5] Sólo necesitaba una pizca de imaginación para creer lo que me contaba Oscar. Y, además, como él decía, podía comprobarlo.

—Está bien —decidí—. Te creo. Vamos a comprobar eso.

—¡Bieeeen! —exclamó el chico, como el espectador de una matinal de cine.

—¡Oh, Indy, sabía que podía confiar en ti! —dijo Darling, que también parecía haber aprendido su papel en el cine.

—Pero antes —organicé—, dejadme salir a prepararlo todo. Te compraré ropa discreta, Darling…

—¿Discreta? ¿Qué le pasa a ésta?

—… Y trataré de conseguir dinero —terminé. Suspiré—: Y ya veremos qué se puede hacer.

¿Qué más podía hacer, para conseguir dinero, que telefonear a Zenna Davis, del New York Times?

Zenna Davis es mi hada madrina. Si alguna vez alguien se pregunta cómo he podido salir vivo de todo lo que he vivido, tendré que confesar que ha sido gracias a Zenna Davis. Desde su elegante y enmoquetado despacho de la sección internacional del conocido periódico, esa mujer que siempre vestía la última moda antes de que nadie se atreviera a hacerlo me había sacado de la cárcel

cuando hice aterrizar un avión en el Boulevard de la Croissette de Cannes[6] y me echó una mano cuando impedí que toda una sección de la policía neoyorkina asesinara al Papa de Roma.[7]) O sea, que me pareció una buena idea pedirle ayuda una vez más.

—¡Zenna! Soy Indiana James…

—¡Indy, cheri! —dijo, con voz aguda. Se suponía que era la colaboradora más cosmopolita del periódico y, por tanto, se veía en la obligación de introducir algunas palabras francesas en su discurso —. ¿Quién quiere hacerte daño? ¿En qué nuevo lío te has metido ahora? ¿Tienes algo que ver con todo ese alboroto de la CIA? —Siempre que hablaba con ella, pensaba en martillos mecánicos taladrando el asfalto, no sé por qué.

—Quiero hablarte de Robert «Buck». Brownjohn —dije.

—¡Claro, cheri, como todo el mundo! ¡Todo el mundo habla hoy día de «Buck». El Magnánimo y a nadie parece interesarle el desbarajuste de la CIA…! ¡Parbleu, me pregunto si no será una maniobra de distracción! ¿Qué sabes de Brownjohn que yo no sepa, Indy, cheri?

—Dime lo que sabes y llenaré los huecos.

—Aparte de lo que sabe todo norteamericano que no sea autista, digamos que me intriga esa conferencia de prensa que ha convocado y en la que reúne a periodistas y a parapsicólogos de todo el mundo. Es curioso que lo haga en un lugar secreto, cerca de Los Angeles. ¿Qué pensará notificar al mundo? ¿Que está en contacto con los extra-terrestres? ¿Nos va a presentar a un pequeño ET?

—Quizá quiera notificar que ha cambiado de raza. Que se ha hecho indio, por ejemplo.

—¡Aaaaah, ja, ja, ja! —exclamó ella con la risa más falsa del mundo. Pero no podía tomárselo a broma. Yo le había proporcionado suficientes noticias increíbles como para que pudiera esperar de mí cualquier cosa—. ¿Hablas en serio?

—Tengo indicios para creerlo, y además puedo comprobarlo. Como puedo comprobar que ha tenido secuestrado a un niño torturado y que ha tenido tratos con traficantes de armas…

—¡Indy, cheri! Voy corriendo a ponerte un giro telegráfico por mil dólares. Vete a comprobar todo eso que dices y, luego, vete a cobrarlo. ¡Por ese orden!

—Gracias, Zenna. Sabía que podía confiar en ti.

Y es cierto que lo sabía. Hablar con Zenna siempre me llenaba los pulmones de embriagador aire puro.

Les compré unas chucherías a Darling y a Oscar y corrí con ellas a casa con la inquietud de pensar que se hubieran ido, o que los mafiosos los hubieran descubierto. Pero no había ocurrido nada de todo eso. Muy al contrario, Darling había asumido perfectamente que habíamos de tomar precauciones y la encontré convertida en otra mujer. Se había lavado el pelo hasta devolverle su color castaño natural y se había frotado la cara para quitarse el último rastro de cosméticos. Con el maquillaje había desaparecido su expresión de estupidez dejando paso a un rostro indefenso y confiado de aldeana.

Otra de las cosas que la hacían irreconocible era que se había quitado el vestido, las medias y los zapatos. Ese detalle la hacía también irresistible y un poco perniciosa. Concretamente, al abrir la puerta y verla, sentí como un mareo, un vacío a mi alrededor y un malestar general como si de pronto hubiera cambiado todo mi metabolismo. Conseguí disimularlo bastante bien, pero confieso que estuve unos segundos sin respiración ni riego sanguíneo al cerebro y creo que experimenté un principio de infarto.

—Ponte esto —balbuceé, torpe y tembloroso, entregándole una blusa insulsa, unos vaqueros vulgares y unas zapatillas de deporte. Ella obedeció prontamente y yo recuperé parte de mi salud.

A Oscar le había comprado un tira-chinas.

—Te lo cambio por tu
«Smith & Wesson»
—le propuse.

No puso ninguna objeción. Criado y educado por mafiosos, para él un
«Smith & Wesson»
era un cacharro cotidiano y aburrido. Pero los mafiosos no usan tira-chinas, y él no había visto ninguno como aquél y se sintió fascinado por la novedad. Así que me dio el revólver (y un puñado de balas que llevaba en el bolsillo, igual que otros chicos llevan canicas) y yo disfruté por un momento de algo muy parecido al retorno a la normalidad.

—¿Y ahora? —preguntaron los dos a coro.

—Ahora, vamos a comprobar si todo lo que me habéis dicho es verdad. Si lo es, nos adelantaremos a toda la prensa mundial con una exclusiva que valdrá millones de dólares y vosotros podréis emprender una nueva vida y yo me podré comprar botas nuevas. ¿Andando?

—¿Pero dónde vamos?

—Al Parque de Atracciones de Papá Brown.

John y echarle una ojeada a ese surtido de armas que allí almacenan…

—¡Bieeeeen! —gritó el chaval, poniendo a prueba mis tímpanos —. ¡Siempre he deseado subirme en la Montaña Rusa…!

CAPÍTULO IV

Hace casi noventa años, un potentado relacionado con el tabaco y llamado Abbott Kinney compró una zona de marismas próxima a Los Angeles y quiso construir allí una segunda Venecia, excavando canales y erigiendo construcciones similares a las de la ciudad italiana. La llamó Venice, naturalmente. Pero, cuando Abbott Kinney murió, incendios, tempestades y corrimientos de tierras atacaron la urbe ficticia, «hecha con el material de que están hechos los sueños» y de ella sólo sobrevivieron unos pocos canales y ruinas.

Fue allí donde «Buck». El Magnánimo, como un símbolo, decidió construir su ciudad «de los sueños infantiles», que se llamó el Parque de Atracciones de Papá Brownjohn en una diminuta isla delimitada por el foso de restos de canales de la utopía de Abbott Kinney.

Era quizá el parque más pequeño del mundo con la Montaña Rusa más grande que se ha construido.

Oscar había vivido las emociones de la Montaña Rusa sólo a través del cine, cuando vio la primera película que se rodó en Cinerama. Y, desde aquel momento, había decidido que su máxima ilusión era viajar en aquel ingenio. Por ello, había asediado a preguntas a su nodriza (Ronnie El Asesino) y Ronnie que era complaciente y muy cariñoso con el niño le había contado maravillas fascinantes relacionadas con las Montañas Rusas en general y, concretamente, con la que Papá Brownjohn tenía en Venice.

Yo mismo me quedé impresionado al ver aquella enorme construcción. Y he de confesar que me apeteció subirme en ella y comprobar por mí mismo qué tipo de emociones podía proporcionarme.

(En aquel momento, yo era incapaz de imaginar las emociones que viviría en aquel maldito artefacto).

No parecía haber moros en la costa. A nuestro alrededor, todo eran alegres y minifalderas patinadoras y colores chillones que alegraban la vida y nada tenían que ver con la amenaza de la Mafia. A pesar de todo, trazamos un plan. O, mejor dicho, lo tracé yo mientras Darling y Oscar lamían con fruición unos inmensos pirulís que representaban la cabeza de Mickey Mouse.

—Subiremos los tres —dije—. Y yo me quedaré arriba para comprobar lo que habéis dicho. Luego, vosotros dos repetís el viaje y me recogéis. ¿De acuerdo?

El conjunto podía parecer una locura, porque yo me estaba basando simplemente en las fantasías de un niño que todo lo aprendió en el cine, pero no deja de tener su lógica el hacer locuras en un Parque de Atracciones.

Pagamos los *tickets*. Ocupamos nuestros asientos en la vagoneta. El encargado no pareció mirarnos demasiado. Pensé que no notaría que subíamos tres y sólo iban a bajar dos.

En marcha.

La cadena arrastró la vagoneta lentamente en una ascensión casi vertical. Poco a poco, pudimos distinguir a nuestros pies la multicolor, enloquecida y bohemia Venice, donde la policía viste pantalón corto y camiseta y va sobre patines. El mar, vertiginosamente inmenso y azul, arranca grititos de felicidad a Oscar. Una vez liberada, la vagoneta a poca velocidad una amplísima curva que la llevaba hacia el primero de una serie de túneles que jalonaban el recorrido.

Aquél era «el Reino de las Hadas», una cursilada relamida y empalagosa, decorada con lentejuelas, espejos y muñecas sonrientes.

En cuanto entramos en el túnel, siguiendo las indicaciones del chico, me puse en pie. El solo lo sabía de oídas, pero al parecer Ronnie era un narrador detallista y nos encontramos exactamente con lo que esperábamos. Como si Oscar ya hubiera pasado por allí en repetidas ocasiones.

Allí estaba la barra metálica, cruzando sobre nuestras cabezas. Me agarré a ella, me aupé a pulso y la vagoneta siguió sin mí. En la cercana pared de madera, a la tenue luz misteriosa del Reino de las

Hadas, descubrí unos peldaños. Trepé por ellos, mientras escuchaba a lo lejos cómo la vagoneta adquiría una enloquecida velocidad, y Oscar y Darling daban alaridos de miedo, que sonaban agudos y ensordecedores por encima del retumbar de las ruedas sobre los rieles.

Llegué a un altillo. Y allí estaban las cajas. Y, dentro, las armas. Fusiles de asalto, ametralladoras semi-pesadas… Me estremecí al ver un lanza-misiles portátil SATCP, algo parecido a lo que antes llamábamos «bazooka».

—¡Dioses!, ¿para qué quería aquello la Mafia? ¿Para atracar bancos, para recuperar Cuba, para derrocar al presidente de los Estados Unidos…?

De pronto, los chillidos de afuera se agudizaron, convirtiéndose en sirena de alarma. Giré sobre mí mismo, el corazón en un puño, y atisbé por entre dos tablones algo separados que permitían ver el pie de la Montaña Rusa.

Los killers de trajes grises y azules forcejeaban con Oscar y Darling, arrancándoles de la vagoneta, en un descarado secuestro a la luz del día.

Pensé: «Intervenir». ¿Pero cómo en aquella atalaya aislada donde sólo se podía llegar y de donde sólo se podía salir en vagoneta? Pensé en disparar un misil. Sería una locura. Mataría a decenas de personas inocentes, incluidos Oscar y Darling. Pensé: «La vagoneta».

Una estaba subiendo.

Tragué saliva.

En ella viajaban dos hombres de gris y uno de azul. Reconocí a tres de los seis saltimbanquis.

Venían a por mí. Tenían una vagoneta y yo necesitaba una vagoneta para salir de aquel lío, así que el combate era inevitable.

A golpes de «bazooka» rompí el techo de frágil madera. Tan deprisa como pude, salí por el agujero al exterior. Todo el que mirara, podría ver a un hombre subido en el techo del «Reino de las Hadas». Dirían «Bah, es un mecánico», al ver la extraña herramienta que yo cargaba.

La vagoneta de los torpedos entró en el túnel cursi y de inmediato empecé a escuchar los taponazos de las pistolas con silenciador. Las balas chillaban al romper la madera y chocar contra

las partes metálicas. Los tipos estaban disparando hacia arriba. Si yo hubiera permanecido en el altillo, ahora sería un colador. Incluso estuve a punto de serlo, porque alguna bala fue capaz de atravesar el suelo y el techo del altillo.

Yo me limité a esperar.

En cuanto asomó la vagoneta, dejé caer primero el SATCP para abrir brecha, y luego me lancé yo.

El pesado armatoste dio de lleno en el estómago a un mafioso que se asomaba demasiado. Acababa de ver «Rambo» en el cine y se sentía heroico y valiente y capaz de todo. Bajo el impacto, perdió el equilibrio, fue a parar fuera de la vagoneta y recorrió a plomo, chillando y braceando, doce metros al final de los cuales se estrelló.

Otro mafioso, el de traje gris, recibió el otro extremo del «bazooka» en la coronilla y todo el peso de mi cuerpo en la espalda. Ése perdió la pistola y quedó inmovilizado y quebrado en el fondo de la vagoneta mientras yo sujetaba al tercero, y le retorcía la mano armada, y le aporreaba la nariz…

… Y la vagoneta, abocándose al primer desnivel de la atracción, se precipitaba al vacío a miles de kilómetros por hora.

Fue como pelear en otra dimensión, con un hueco en lugar del estómago, un grito en el cerebro, y gestos muy lentos, muy lentos y suaves en comparación a la velocidad adquirida por el vehículo.

Vencí yo mientras caíamos, me venció el killer cuando volvíamos a subir aprovechando el impulso de la loca caída, y los dos perdimos el equilibrio y el tino, aplastados por la fuerza centrífuga en la primera curva que ceñimos a velocidad endiablada.

Le di en la mandíbula con la izquierda.

El me buscaba con su rodilla.

Fallé yo y falló él cuando la vagoneta llegó a la siguiente caída en picado. Creo que casi flotamos en el aire. Al remontar, el mafioso se golpeó en la nuca, yo remaché descargando mi puño de arriba abajo…

… Y entramos en la «Guarida de los Piratas». Francamente, no podría decir qué atractivos se reunían en aquel túnel porque en aquel momento reaccionó el mafioso aplastado. Casi me proyecta fuera de la vagoneta para lanzarme en brazos de Barbanegra, o de la sirena que custodiaba el tesoro.

Braceé. Caí de costado, y el mafioso aplastado se convirtió en

aplastador. Me puso un collar de dedos y apretó con saña. Al parecer, yo le había hecho daño, y él me quería hacer más.

Le golpeé las costillas.

Ya habíamos salido a la luz del día. La vagoneta era como una coctelera sacudida por un gigante enloquecido y epiléptico.

Le volví a golpear las costillas.

¡Me estaba estrangulando! Estaba haciendo lo posible porque sus dedos se encontraran a fuerza de separar mis vértebras y de romperme mi tráquea y me temo que lo estaba consiguiendo.

Los postes metálicos que sujetaban los distintos pisos de raíles pasaban a pocos centímetros de mi cabeza. Me habían arrancado ya mi eterna gorra de béisbol y ahora me despeinaban las greñas en golpes de aire sucesivos, flas, flas, flas.

Le di de nuevo en las costillas al estrangulador que ejercía conmigo, pero ya no fue lo mismo. Este golpe fue blando e inofensivo. Ni siquiera debió de romper hueso. El hombre apretaba tanto sus mandíbulas como sus dedos y, para hacerse una idea, estaba empezando a astillar unos dientes contra otros.

Me quedé sin respiración y crujieron mis huesos, y tuve la sensación de que la vagoneta hacía *loopings* y tirabuzones, y giraba sobre sí misma como una bailarina de *ballet* clásico o como una trapecista suicida en el momento de soltar su trapecio e ir en busca de las manos del compañero.

Ahora, mi puño se clavó entre las piernas del estrangulador, y creo que eso hizo que apretara más (cosa que casi me desprendió la cabeza del cuerpo), pero también le obligó a moverse hacia adelante…

… Abocarse por encima de mí…

… Asomar la cabeza más allá de los límites prudentes…

Y los postes metálicos pasaban, flas, flas, flas, a tanta velocidad como llevaba la vagoneta al caer a plomo.

Apenas oí: ¡Thud!

El mafioso me soltó el cuello. En lugar de cabeza, ahora, tenía un espantoso chorro de sangre. ¡Se había decapitado!

¡Dioses! Me lo quité de encima y traté de recuperarme. Empeño inútil si uno va montado en un artefacto lanzado a millones de kilómetros por hora, que tan pronto cae como sube como gira convertido en punta de látigo, verticales los raíles para impedir que

salga volando.

Mi primera idea lúcida fue dedicada al secuestro de Darling y Oscar. (*¡Dioses, demasiado tarde!*).

La segunda idea lúcida se refería a mi propia seguridad. (Llegarás al final de trayecto y te freirán a tiros).

Entonces, entré en el siguiente túnel con la idea fija: «He de apearme en marcha».

Había una barra, dos, tres, cuatro… Todas como aquella gracias a la cual me había encaramado en el «Reino de las Hadas». Sólo que ahora íbamos lanzados, yo y la vagoneta, a velocidad de misil.

«Bueno, amigo», me dije: «Al final, está la muerte cierta. Después de todo, eso sólo es la muerte incierta».

Extendí los brazos y me agarré del travesaño. Así abandoné la vagoneta. Fue un golpe atroz, un dolor horroroso en las articulaciones de las muñecas, de los codos, de los hombros. Me columpié hasta ponerme horizontal como bandera sacudida por el viento. El estómago se me puso en lugar del cerebro, los intestinos en lugar de lengua, mis ojos saltaron de las órbitas y creo que perdí un diente.

Pero sobreviví.

Caí redondo sobre los raíles, perdí el conocimiento, vibraban los raíles bajo mi peso.

Pero sobreviví.

Apareció un gángster armado con una metralleta «Thompson», trarratarratarratatatá, disparó contra mí todo su cargador.

Pero sobreviví.

Vibraban los raíles, en realidad, debido a la siguiente vagoneta desbocada que venía cabalgando, dispuesta a cortarme en pedazos.

Pero sobreviví.

Sobreviví porque el gángster de la «Thompson» era un muñeco mecánico que repetía su acto asesino e inofensivo millones de veces al cabo del día. Sin saberlo, me había metido en el túnel de «Chicago, años 20», una alegre broma para quien gusta de las emociones fuertes.

Sobreviví porque me dejé caer de lado, apartándome de los raíles, me abracé a una columna y desaparecí del mapa justo un segundo antes de que la siguiente vagoneta pasara como una exhalación por donde yo había estado.

Me deslicé por la columna metálica abajo, como un bombero en caso de incendio, rompí un techo o estructura de madera y me vi en el Lejano Oeste. Pero siempre sentado sobre raíles que vibraban y bramaban irritados por el continuo paso de vagonetas a toda velocidad.

Me hice a un lado. Corrí hacia la oscuridad sin demasiada conciencia de que eso fuera lo inteligente.

Pasaron vagonetas cerca de mí a tanta velocidad que yo hubiera desaparecido pulverizado si llegan a alcanzarme.

Supongo que salí por donde no debía. Sólo así puedo entender que no me esperaran para acribillarme. Tiempo después, leyendo periódicos antiguos en la hemeroteca, me enteré de que un grupo de gángsters había ametrallado a sus compañeros cuando salían del último túnel de estas Montañas Rusas. Supongo que querían matarme a mí. Supe también que, de resultas del escándalo formado, la policía organizó una redada y sobrevino una batalla campal, y eso representó la destrucción, el desmantelamiento, el olvido del Parque de Atracciones de Papá Brownjohn. Pero, en aquel momento, no me enteré de nada.

Salí haciendo eses y, ya fuera porque creyeran que yo era un patinador inexperto, o quizás un sublime artista borracho; todo el mundo se preocupó por mí y por mi salud, y me metieron en un taxi y, antes de poder hacerme cargo de lo que ocurría, me encontré a salvo y libre una vez más.

Otro, en mi lugar, hubiera pensado: «Qué suerte he tenido, no la tentemos por segunda vez».

Yo, en cambio, idiota acentuado por los golpes y las aventuras desconcertantes, pensé: «He de rescatar como sea a Darling y a Oscar».

Otro, en mi lugar, hubiera decidido que cada uno ha de cargar con sus propias responsabilidades.

Yo, en cambio, irresponsable donde los haya, decidí: «Tengo que llamar a Zenna Davis».

CAPÍTULO V

—¡Hola, cheri! ¿Qué tipo de sorpresa me reservas hoy, Indy?

—Me hablaste de una conferencia de prensa organizada por Brownjohn en un lugar secreto. Quiero asistir.

—Espera un momento, Indy. Yo hablo de mi tema si tú hablas de tu tema. Tú me hablaste de tráfico de armas, niño torturado y Brownjohn que cambia de raza.

—En este momento, la policía está descubriendo que hay un inmenso cargamento de armas ocultas en el Parque de Atracciones de Papá Brownjohn, en Venice. Al menos, ha habido tiroteo. Si los agentes no se han fijado en los fusiles de asalto y en los «bazookas», envía a un reportero que les llame la atención al respecto…

—¡Un momento, Indy! —exclamó Zenna Davis. Y, al cabo de unos instantes—. Ya está enviado el tipo. ¿Qué más?

—El niño torturado consiguió escapar de sus torturadores pero lo han vuelto a capturar.

—Mala suerte, Indy, cheri.

—Para recuperar al chico, necesito ir a ésa rueda de prensa de que me hablaste. Pásame un carné y te traeré un Premio Pulitzer con un lacito rosa. ¿De acuerdo?

—No, Indy. Tú quieres un carné de Zenna Davis para ir a una conferencia de prensa y allí liarte a tiros y puñetazos con todos los que no te caigan bien. No me conviene, Indy…

—Te prometo que no habrá tiros ni puñetazos.

—No me lo creo, Indy.

—Está bien, Zenna. Tienes razón, soy un zafio y un chabacano, grosero impresentable. Será mejor que cancelemos esta historia…

—¡Está bien, Indy! Si tengo tu promesa de que no habrá jaleo… y de que no me cobrarás plus de peligrosidad… He de decirte que

he recogido un poco de documentación, por si te sirve.

—Por ejemplo, ¿sabías que, entre las grandes obras humanitarias de «Buck». El Magnánimo, consta la de subvencionar a una remota y desconocida tribu de la Amazonia llamada coxoa, cujoa en las enciclopedias? ¿Y sabes dónde está esta tribu cujoa? Precisamente en la zona donde desapareció nuestro amigo Brownjohn años atrás, cheri. Ahora, permíteme una pregunta: ¿Es lógico que destine parte de su patrimonio a mantener a una tribu salvaje un hombre que, según dice, por culpa de esa tribu salvaje, quedó profundamente desfigurado física y espiritualmente?

—No. No es lógico.

—Muy bien, cheri. Eso me hace pensar que puedes tener razón remotamente. Pasa por nuestra delegación del New York Times en L.
A. Les
habré avisado y te tendrán preparado un distintivo para que puedas acudir a la rueda de prensa. Ésta será en… Y te recuerdo que es secreto profesional, cheri, y que no puedes comunicárselo a ningún policía ni similares… Apunta… La conferencia de prensa será en…

Magnífica Zenna Davis, nada sería de mí sin ella.

Intuyendo que el principio de cada aventura representa una ruptura con el pasado, recogí de mi habitación de Long Beach mis pocas pertenencias, me despedí de aquella puntita de proa del Queen Mary que se distinguía desde mi ventana y me fui sin pagar lo que debía al casero (amparándome en la imaginaria perspectiva de que quizá hubiera de regresar antes de lo que imaginaba).

Al día siguiente, provisto de mi distintivo con sello de Zenna Davis New York Times, me personé en el lugar donde un coche tenía que recogerme, junto a otros periodistas de distintos periódicos de los Estados Unidos.

Eramos tres y pasó a recogernos un pequeño Volkswagen que no llamaba la atención. El Volkswagen nos llevó a una estación de autobuses de más allá de Pasadena, donde muchos otros coches depositaron a sus ocupantes para que llenaran los vehículos mayores que allí esperaban. Llenamos tres autocares y nos internamos en breve y veloz caravana en dirección al desierto.

Todo tenía un aire como clandestino. Los chóferes y acompañantes, aunque disfrazados de inocentes empleados, tenían

las miradas recelosas y los ademanes furtivos de los miembros de la Mafia. Por un momento, temí encontrarme con algunos de los muchachos que me había presentado indirectamente Darling. Luego, pensé que los chicos debían estar bastante maltrechos y señalados como para poder pasar por simples y honestos ciudadanos.

Me relajé relativamente.

Cuando me vencía la depresión o el temor, pensaba en el «Smith & Wesson» del 38, que había heredado de Oscar y que transportaba en mi sucio macuto.

No quiero extenderme en exceso en lo que se refiere a este capítulo de mi aventura porque el final es el que todos se esperan.

Llegamos a una especie de oasis en medio del desierto. Bosque frondoso en torno a una mansión que se agazapaba entre los árboles. Salieron a recibirnos hombres de paisano armados de metralletas «Ingram» y fusiles de asalto del ejército, que me hicieron pensar en el arsenal que había encontrado el día anterior en el Parque de Atracciones. Sin embargo, nos tranquilizaron, mostrándonos placas de la CIA.

—Tranquilos, señores, tranquilos. Trabajamos para el gobierno… —decían.

Era innecesario. Allí todos iban tranquilos, con la seguridad de quien se siente respaldado por el Cuarto Poder. La mayoría de los periodistas que entraban allí habían parado a policías lanzados a la carga simplemente escupiéndoles entre los ojos y mostrándoles su tarjeta de periodista.

Una tarjeta de periodista, en EE. UU., te hace invulnerable. Nunca me había sentido tan seguro como en aquel momento.

Sin embargo, mi sonrisa estaba teñida de un tinte desvaído e impreciso. No podía quitarme de la cabeza los comentarios de Zenna Davis acerca de los problemas que al parecer había con la CIA últimamente. ¿Tendrían alguna relación con Brownjohn? No, claro, qué tontería.

Eso pensábamos entonces.

En fin: abreviaré. Entramos en una gran sala donde una extensa servidumbre nos ofrecía agua, limonada y coke, y ocupamos los asientos en torno a una especie de estrado o mesa de conferencias.

Se sucedieron los conferenciantes, de distintos rangos y con distintas palabras, pero todos apuntaban a lo que yo ya me esperaba.

El presidente director general de las empresas Brownjohn salió para decirnos que el Robert «Buck». Brownjohn que regresó de Brasil no tenía la misma apariencia física que el que se había perdido en la selva, pero que era la misma persona sin ningún lugar a dudas. Dijo que le habían sometido a mil exámenes y mil pruebas, durante los siete años transcurridos, y que las había superado todas de forma plenamente satisfactoria.

Un científico ratificó sus palabras refiriéndose a una multitud de pruebas (electroencefalogramas, y demás complicaciones) a que habían sometido al pobre «Buck». Brownjohn y que había superado perfectamente.

Una especie de Gurú muy sabio nos contó la conocida teoría del alma y el cuerpo, del fondo y la forma, del espíritu y la materia, y vino a demostrarnos con abundancia de verborrea que una botella puede llenarse con muy diferentes líquidos y que el líquido, a su vez, adopta la forma de la botella que lo contiene. Yo también me perdí un poco. De hecho, todo aquello me interesaba sólo en función de una cosa: encontrar el medio de entrar de nuevo en contacto con Darling y Oscar.

Yo echaba miradas en torno. Había seis puertas en la gran estancia que llenábamos los periodistas y el humo de los cigarrillos. Tres estaban detrás del estrado y servían de entradas y salidas para los actores del drama. Las otras tres, situadas a mi espalda, a derecha y a izquierda respectivamente, estaban custodiadas por elegantes agentes de la CIA. Me imaginé que podía escabullirme por una de ellas con cualquier excusa («tengo ganas de hacer pipí», por ejemplo) y que encontraba una escalinata y que, arriba, al final de un pasillo, estaban atados y amordazados Darling y Oscar.

«Demasiado sencillo», me dije.

Un antropólogo nos habló a continuación de las costumbres de tribus primitivas de todo el mundo, y luego prolongó su disertación a los brujos y alquimistas medievales, e incluso a leyendas no tan antiguas. Se estaba esforzando en demostrar que siempre se ha hablado de gente que cambiaba de cuerpo y de alma como quien cambia de camisa.

Al final de todo aquello, cualquiera llegaría a la conclusión de que alma y cuerpo estaban unidas por casualidad y que, de un momento a otro, podían salir corriendo en direcciones diferentes a su antojo.

Pero, al final de todo, fue la bomba. Y todo aquello que parecía tonto e insustancial de pronto se volvió sólido e irrefutable como la realidad que vivimos.

Porque volvió a salir el presidente director general y dijo: «Cedo la palabra a Robert “Buck”. Brownjohn»…

… Y salió un hombre elegantemente trajeado, con chaleco abotonado, corbata de gusto excelente y camisa impecable. Gemelos de oro en los puños y escudo con diamante en la solapa. Perfecto acento del Middle West, de donde procedía nuestro conocido «Buck». El Magnánimo…

… Pero no tenía los ojos azules ni el pelo rubio…

… Porque era un indio.

Un indio de labios gruesos, ojos rasgados y nariz chata, como había dicho Darling.

Salió y procedió a convencer a todos de que, sin saber cómo ni por qué, se había convertido en indio. Y se sometía a toda clase de pruebas verbales, científicas y documentales para demostrar que él era Robert Brownjohn. Por lo demás, le resultaba fácil hacerlo. Hacía siete años que todo el consejo de administración de las empresas Brownjohn le habían sometido a todo tipo de pruebas. Y había conseguido convencerlos. Lo de aquel día era coser y cantar, dijo.

Y, mientras empezaban las comprobaciones, alguien me puso la mano en el hombro.

—Señor James, por favor —dijo una voz meliflua—. Acompáñeme, por favor.

CAPÍTULO VI

Salí del vestíbulo un poco nervioso y con los sentidos alerta. El vestíbulo estaba vacío. Escalinatas arrancaban de él hacia los pisos superiores. Pensé que era mi oportunidad, que podía escabullirme hacia el piso superior donde estarían atados y amordazados Oscar y Darling.

—¡Dioses! —exclamé, más asombrado de lo que estaba—: ¿Qué significa todo esto?

—Acompáñeme, señor James, por favor… —dijo el agente de la CIA.

—Pero… —Traté de resistirme.

Me encañonó resueltamente con su metralleta «Ingram». Hubiera podido hacer desaparecer mi cabeza en un segundo, de haberlo intentado. Preferí no hacer la prueba. El hombre parecía muy ansioso.

Así, llegamos hasta el disimulo de debajo de la escalinata.

—Señor James —me dijo el agente de la CIA—. Aquí pasan cosas muy raras. No creo que yo pueda salir de aquí con vida… —Parpadeé. ¿Me estaba pidiendo ayuda?—. Si usted sale vivo de aquí, póngase en contacto con Doug Delaware, de la CIA. Es un tipo decente. Dígale simplemente la palabra clave «Látex Samantha» y que va de mi parte. Yo me llamo Gleen Jervis…

—¿Pero qué demonios ocurre? —estallé yo.

—Ahí hay un indio que dice ser Robert Brownjohn, ¿le parece poco?

Tenía razón el muchacho. ¿Me parecía poco? ¡Pues aún había más!

—… Y, además, han secuestrado al presidente de los Estados Unidos…

Se me salían los ojos de las órbitas y todo yo me encogía ante el delirio de aquel loco cuando tres buenos mozos perfectamente trajeados de color crema llegaron inesperadamente hasta nosotros sonriendo ampliamente.

—Oh, Jervis, estás aquí… —dijo uno.

—Señor James… —dijo otro, reconociéndome a mí.

El tercero sólo sonreía.

Gleen Jervis tuvo una especie de convulsión. Trató de disimular en el primer segundo, y en el segundo quiso usar su devastadora «Ingram». En el tercer segundo, el que simpatizaba con él le apoyó una pistola con silenciador en las costillas y disparó. ¡¡Thurn!! Al mismo tiempo, el que me había reconocido a mí me metía el silenciador de su arma en la boca y me mostraba unas credenciales de la Central Intelligence Agency.

—Acompáñenos, James —me aconsejó.

Y el tercero que no decía nada, que sólo sonreía, metió la mano en mi macuto, sacó el
«S & W»
del 38 de Oscar y me golpeó con él en pleno conocimiento. Me lo rompió en mil pedazos y me quedé sin conocimiento.

En la oscuridad, en mi inconsciencia, flotando por lugares remotos e inexistentes, ajeno a las peripecias mundanas, me entretuve reconstruyendo mi conocimiento, uniendo las diferentes piezas y pegándolas con cola. Y, con paciencia y sin prisas, en medio del estruendo de un motor omnipotente, recuperé el conocimiento.

Estaba en un avión. Sensación inconfundible cuando las altas presiones y las bajas presiones se hacen un lío y discuten entre sí. Al principio, creí estar todavía en la Montaña Rusa. Recordé al mafioso descabezado y fue una pesadilla. Recordé a Darling en bragas y sujetador y fue un sueño erótico. Luego, recordé que los tres tipos de la CIA que me habían capturado lucían en la solapa la insignia del Club de los Generosos (CG), fundado por Papá Brownjohn. En cambio, el pobre Glenn Jervis no tenía esa insignia. No fue difícil establecer una relación que era obvia: «Había hombres de la CIA que pertenecían al Club de los Generosos y otros que no. Los primeros mataban a los segundos. Y los segundos trataban de avisar a la gente de que…».

… ¿qué era lo que me había dicho el pobre Jervis…?

… Que habían secuestrado al presidente de los Estados Unidos…

Abrí los ojos.

—Bien venido a la vida, señor James —me dijo, muy sonriente, un indio de labios gruesos y ojos rasgados, vestido con un terno gris, corbata de rayitas y camisa blanca impoluta.

El motor espantoso seguía bramando enloquecidamente a mi alrededor, ensordeciéndome, alimentando mi dolor de cabeza e impidiéndome pensar.

Estaba acostado en una cama. Es una tontería, pero estaba echado en una cama, y eso me emocionó, Yo no andaba muy bien de la cabeza por aquella época, quiero recordarlo.

En realidad, no era una Cama, sino un sofá. Pero no importaba.

Me incorporé.

Miré fijamente al indio que me sonreía. Lo reconocí, al fin.

—¿Señor Brownjohn?

Sonrió encantado.

—El mismo —dijo.

—No le puedo creer.

—Y, sin embargo, me ha creído el consejo de administración de mis empresas. Y no son tontos, James. Y convencí a un comité formado por los principales parapsicólogos, médiums y nigromantes del mundo…

—¿Y cómo lo ha conseguido?

—Les he convencido porque es verdad.

—No —dije, haciéndome el remolón, al tiempo que echaba una mirada en torno y constataba que sí, que estábamos en un avión, volando. Un avión último modelo, lujosamente decorado.

—Sí —insistió el indio, con esa tranquilidad que da la sabiduría de siglos y siglos.

Y yo, armándome con la sabiduría que me dan mis pocos años y las cuatro tonterías que he vivido, me limité a sonreír y a mirarle entre ceja y ceja trasmitiéndole una muda y sabia pregunta: «¿Se puede saber por qué estoy vivo todavía?».

—Por varios motivos —me contestó en voz alta, provocándome un susto tremendo—. El primero y más importante es el de haberme hecho descubrir Una nueva imagen de nuestra querida Darling. Ya odiaba su melena amarilla y su exceso de maquillaje. Por eso la

despedí. Y, en menos de seis horas, usted consigue que se lo quite todo y se convierta en otra mujer, con todas las virtudes de Darling y sin ninguno de sus defectos. Le felicito.

Tragué saliva.

—Gracias —dije.

—Otro motivo es Oscar —dijo, sin ningún tipo de sentimiento—. Se me había escapado. Si no le llega a hacer caso y no lo lleva a mi parque de atracciones, lo hubiera perdido para siempre.

Y, en ese caso, no hubiera tenido sentido «El Gran Día»…

—Oscar me habló del «Gran Día» —recordé, poniéndome en pie para dirigirme, haciendo eses, hacia el mueble-bar. El Indio no trató de impedírmelo—. ¿Qué es eso exactamente?

Abrí el mueble-bar, localicé el *whisky*, localicé vasos de grueso cristal, y me serví la medicina que necesitaba.

—Otro motivo por el que usted está vivo, señor James —dijo el indio, respondiendo con un rodeo—, es que todo artista necesita contar el fondo de su obra a alguien. Es muy triste que sólo los críticos puedan tener la última palabra. Cuando un artista termina su obra, se deprime al pensar que su proyección hacia el futuro depende de unos profesionales de la opinión, señores que dirán: «Me gusta» o «No me gusta», según se hayan levantado aquella mañana, o según cómo hayan comido. El artista siempre piensa en esas notas biográficas que dicen: «Injustamente tratado por los críticos en su época, sin embargo…». Ah, qué bonito ése sin embargo. El que da auténtica dimensión al personaje, por encima o por debajo de lo que puedan decir los críticos…

Yo miraba al Indio con la boca abierta.

El señaló justo al centro de esa boca abierta.

—Usted es el «Sin embargo» —dijo—. Usted me hará justicia. Usted, periodista y aventurero, será el testigo de excepción en la gran aventura…

Me sentí más animado. Eso significaba que no pensaban matarme. Que yo sería el cronista de sus disparates. Y eso incluso podía pagarse bien, es decir: muy bien. Zenna Davis saltaría enloquecida cuando supiese que yo le vendía la exclusiva. Y, si Zenna Davis saltaba enloquecida, yo tendría que limitar la entrada de millones en mi vida.

«Permítame que le pague un millón de dólares», me diría alguien

en breve.

«Lo siento», le diría yo. «No puedo aceptar más millones. Ya no me caben. Pruebe el año que viene, por favor…».

Así que bebí *whisky*, tan feliz, y sonreí. Todo oídos.

—Yo antes —dijo él— me llamaba algo así como «Abarashca», y era «shaman» (o algo por el estilo) de la tribu coxoa. Eramos… guerreros… y caníbales, señor lames.

Tragué saliva. Bueno, siempre impresiona descubrir que uno está hablando con un caníbal, ¿no?

—Durante generaciones y generaciones —siguió el—, habíamos tratado de realizar, de constatar, de comprobar aquello que justifica a todo buen caníbal: el captar el espíritu del devorado. Es así. Cuando el caníbal se come a su enemigo, pretende apoderarse de su espíritu, de su valor y de su sabiduría. Por lo que yo sé, en todos los pueblos antropófagos, nadie lo ha conseguido. Y, en cambio, nosotros sí lo conseguimos, señor James… Yo descubrí el sistema, señor James…

Me miraba de tal forma que lo creí capaz.

—¿Cómo? —balbuceé.

—Siete cortes profundos en el pecho de un niño recién nacido —dijo.

Y en ese momento, lo odié. Pensé en Oscar.

—Si el niño sobrevive, se convierte en la Gran Ofrenda, la Ofrenda definitiva. Si ese niño es troceado y aderezado el mismo día de cumplir siete años… —Pensé: «Faltaban cuatro días para que Oscar cumpliera siete años»—. El sirve de potencial para hacer que el alma de un muerto pase al cuerpo de quien se lo come.

Hice chascar la lengua.

—No me lo creo —dije, con un guiño.

—Pues es usted más incrédulo que todos los miembros del consejo de administración de las empresas Brownjohn, que toda la prensa norteamericana y que los más importantes científicos y parapsicólogos del mundo… —me replicó sin pasión. Y siguió—: De todas formas, no importa. Dentro de dos días, podrá usted asistir a un nuevo experimento demostrativo…

—¿Otro? No parece muy difícil de repetir su truco…

—¡Claro que no! —rió él, satisfecho—. Mi tribu tardó siglos en conseguir que sobreviviera el niño necesario para el experimento.

No es fácil, en plena selva. Por fin, lo consiguieron. Y, siete años después, capturamos al señor Brownjohn y me lo comí, y aquí estoy yo, aquí está él, aquí estamos los dos… Pero, hace siete años cuando nació Oscar ya fue mucho más sencillo. En un quirófano, con asepsia absoluta, bendiciendo el bisturí con que se le marcó… Y, a partir de ahora, siempre habrá un niño creciendo para mí, y cada siete años yo tomaré una nueva personalidad, cada vez más poderosa… ¿Se da cuenta, James?

Sí. Me di cuenta. Y también comprendí las palabras de Jervis, el pobre agente de la CIA de voz meliflua. Recordé que me había dicho: «Han secuestrado al presidente de los Estados Unidos».

Miré boquiabierto al indio que tenía ante mí.

El indio sonrió ampliamente y movió la cabeza en señal de afirmación.

Entonces, se abrió la puerta y entraron, por este orden, Oscar (gritando «¡Indy, Indy!»), Darling (más hermosa que nunca), Arthur O. Collins (alias Apollo, alias El Hombre Que Marchita Flores Con La Mirada) y Conrado Testa (alias Míster Héroe).

Y se organizó una trifulca de mil demonios.

CAPÍTULO VII

La última vez que vi a Conrado Testa (al que todos conocían como Míster Héroe porque era quien controlaba el tráfico de heroína de todo el mundo) fue en el Boulevard de La Croissette de Cannes, justo cuando lo detenía la policía francesa por mi culpa.[8] La última vez que vi a Arthur Apollo Collins, él iba en un *jeep* que chocó contra un muro. Y, antes, estaba cayéndose por un profundo precipicio, cerca de La Meca. Y, mucho antes, le tiré desde lo alto del Golden Gate, en San Francisco. Nuestra amistad databa de muchos años atrás. El encuentro fue muy emocionante.

—¡Caramba, cuánto tiempo sin vernos! —le dije yo.

Apollo emitió una especie de aullido de lobo y se me vino encima. Míster Héroe buscó su pistola bajo la elegante americana. Yo tiré mi vaso, que dio en mitad de la frente de Míster Héroe, y salté atrás esquivando la acometida de Apollo.

Apollo casi perdió el equilibrio. Le envié un rodillazo al pecho. Lo aparté a un lado de un manotazo.

Oscar gritaba:

—¡Una pelea! ¡Estupendo, Indy, una pelea!

Conrado Testa había sacado una pistola «Marakov TT 30» y la dirigía hacia mí. Darling le agarró de la mano y le obligó a apuntar al techo, al tiempo que el indio Brownjohn gritaba: «¡Cuidado con el cambio de presión!». Todos habíamos visto la película Goldfinger (o leído el libro de Ian Fleming) y sabemos qué ocurre cuando un malvado dispara una pistola dentro de un avión. Suele romperse un cristal y, debido al cambio de presión, los malos salen por las ventanas mientras que los buenos sobreviven agarrándose donde pueden. Allí todo el mundo sabía el papel que le correspondía en el drama y, por tanto, no cabía duda de a quién le tocaría salir

volando y quién se quedaría en el aparato.

Todo esto para decir que Míster Héroe no disparó el tiro y yo pude llegar tranquilamente hasta él y darle un cabezazo en el estómago.

¡Bump!

Al pasar, de reojo, pude ver que el indio Brownjohn daba saltitos de sorpresa, absolutamente desconcertado ante el desarrollo de los acontecimientos.

¡Bump!, Míster Héroe se dobló en dos, apoyando su pecho sobre mi espalda. Me incorporé agarrándole de las piernas y así conseguí que saliera volando en cualquier dirección, y que cayera sobre el mueble-bar haciéndolo pedazos, pulverizando toda la cristalería que contenía y organizando un estrépito ensordecedor.

También conseguí, involuntariamente, que el rey de la heroína diera un puntapié a Darling, y que ésta cayera al suelo con sangre en la nariz.

—¡Oh, Darling, lo siento! —dije yo.

Apollo me agarró por el pescuezo y me tiró contra la pared, con ánimo de estamparme. Casi logró que mi perfil derecho quedara grabado en ella. Me volví para opinar sobre el asunto y me aplastó el perfil izquierdo de un derechazo digno del «Guiness».

Mientras volaba, remotamente puede observar que Oscar, muy emocionado, manipulaba una puerta del avión.

—¡A volar, Indiana! —decía alborozado—. ¡A volar, Indiana!

Brownjohn, que corría en socorro de Darling, cambió el rumbo, horrorizado, agarrando al niño y tirándolo sobre el sofá.

—¡Oscar, por todos los santos, no! —le oí decir.

La puerta quedó medio abierta, vibrando contra la carcasa del aparato de forma muy ruidosa, y el cacharro se puso a hacer eses y altibajos.

Al mismo tiempo también, noté que Míster Héroe estaba gateando en busca de su «Makarov TT 30».

Todo esto, por imposible que parezca, mientras yo flotaba en el aire, impulsado por el puñetazo de Apollo. Al final del trayecto, me golpeé la nuca con una puerta, que se abrió aparatosamente, y traté de ponerme en pie.

Apollo venía a por mí.

Me hice a un lado y, mientras él se amorraba al suelo, le envié

una patada a la cintura y cerré la puerta que se acababa de abrir. Con eso conseguí encajarle un impresionante portazo en la cabeza y atizarle los dedos de una mano entre el batiente y el suelo.

Aulló el muchacho.

Pero yo no tenía tiempo para escucharle.

Volé de nuevo, como si estuviera imitando a una rana, o a un saltamontes, para caer sobre Conrado Testa, que estaba muy orgulloso de sí mismo por haber conseguido gatear cinco pasos y cerrar su mano en torno a la culata de una pistola. Empezaba a plantearse si su hazaña podía redondearse con el hecho de disparar sobre mí cuando me recibió en un encontronazo bestial que le planchó contra la moqueta y, antes de que pudiera desclavar las mandíbulas, que se le habían encajado una en otra, lo levanté y lo usé para romper un cuadro particularmente feo que colgaba de la pared.

Después, por puro reflejo, lo empujé hacia la otra pared.

Como se lanza una bola contra los nueve bolos. Sin pensar. A ver qué pasa.

Y, al mismo tiempo, todos nos dimos cuenta de lo que iba a pasar. El indio Brownjohn, que se agarró a Oscar y al sofá como el náufrago al salvavidas. Darling, que sujetó el pomo de una puerta como si fuera lo único que le interesara en este mundo. No sé lo que hizo Apollo, porque estaba a mi espalda. Yo simplemente dije:

—Oh. No.

Míster Héroe, Conrado Testa, natural de Nueva York, hijo y nieto de mafiosos sicilianos, golpeó con su espalda contra la puerta que vibraba y que el niño había aflojado…

… Y desaparecieron, él y puerta…

… Dejando un hueco de azul y de paisaje…

… Y provocando un cataclismo demencial.

Ian Fleming, en Goldfinger, lo describe así: «Pareció llegar el fin del mundo… agudo sonido… gran número de enseres que pasaban volando frente a sus ojos hacia el espacio…».

Bueno. Puedo asegurar que se queda corto. Lo más parecido a la realidad es que el avión parece haberse convertido en una peonza que girase vertiginosamente sobre su cola. Al mismo tiempo, aquel agujero te chupa con ansiedad enfermiza e irresistible.

Me agarré donde pude. Tengo la sensación de haber salido al

exterior, para despedir a Conrado Testa, que dotaba entre el azul del cielo y el verde de la selva, y de haber vuelto al interior del avión por si me echaban en falta. Entonces, descubrí que estaba agarrando a uno de los maravillosos tobillos de Darling Hillary y me pasó por la cabeza que había de hacer el amor con ella antes de morir. Me pasó por la cabeza que el niño lo había dicho.

El indio Brownjohn y Oscar estaban férreamente agarrados al sofá. El niño se reía.

Apollo no fue a parar al vacío gracias a que yo le había pillado los dedos entre la puerta y el suelo. Aquella mano izquierda nunca volvería a servirle para nada, pero al menos le privó de salir disparado.

El piloto del avión debía de ser un genio.

El avión se movió como un globo al que bruscamente se le hace un orificio. Salió disparado hacia abajo, hacia arriba, a derecha, a izquierda, a éste, a oeste, a sur, a norte. Dio volteretas, saltos mortales, trompos y pasos de claqué. Bajó tanto que por aquella puerta nos entraron unas cuantas hojitas de árboles tropicales. Subió tanto que por la puerta entraron revoloteando unas cuantas plumas de ala de ángel.

Y, por fin, se sosegó.

Y el amigo Apollo decidió que quería continuar lo interrumpido.

Arthur O. Collins, alias Apollo, alias (para hacernos una idea). El Hombre que Marchita Flores Con La Mirada, era una persona fiel. Le dolió que yo enviara a su amo y señor a volar entre las nubes. Y decidió que donde las dan las toman, y que quien a hierro mata a hierro muere, y salió disparado como un obús, me golpeó en la mandíbula y embistió…

… Embistió…

Me hice a un lado justo a tiempo, pero me arrastró con él…

… El salió volando, como su jefe. No puedo narrar qué imágenes evocó en mí porque yo estaba de espaldas a la puerta, con los talones fuera del avión y las puntas de los zapatos dentro, y el cuerpo haciendo un movimiento de vaivén, dentro-fuera-dentro-fuera, y quiero decir con esto que tenía otras cosas en que ocuparme antes que el futuro de la humanidad.

Yo hacía con los brazos así, así, así, como hacen los pájaros, como imaginando que así no me iba a caer.

Oscar, dentro del avión, se reía a carcajadas.

—¡A volar, Indy! —decía, deseándome lo mejor—. ¡A volar, Indy!

No sé de dónde sacó el paracaídas. (Se comprenderá que en aquel momento yo no estaba para detallismos). Zafándose del abrazo paternal de Brownjohn, me tiró el paquete por los aires.

Estiré los brazos. El paracaídas a un palmo del extremo de mis dedos. Flexioné mis piernas y me lancé como lo hace un portero de fútbol en el último momento…

… Y así salté al vacío…

—¡¡Indy, nooo!! —chilló Darling Hillary.

… Y atrapé el paquete formado por el paracaídas en el aire. A no-sé-cuántos metros del suelo. Sobre la superficie uniforme, verde e impertérrita de la selva. Vi la curvatura de la Tierra y me sentí (como dicen quienes practican el paracaidismo por placer) «libre flotando en el cielo».

—¡¡Indy, nooo!!

Darling Hillary me atrapó a mí igual que yo había atrapado el paracaídas.

Todo va bien hasta que ves el avión volando muy por encima de ti. Creo que se trataba de un Gulfstream IV, con sus alas, su cola, sus reactores, aún me parece verlo perdiéndose en el azul del cielo, entre las nubes…

… Mientras yo trataba de encontrar algún sentido a la especie de mochila que llevaba entre manos.

Darling y yo caíamos a plomo. Cada vez más deprisa. A Velocidad Uniformemente Acelerada.

Había una especie de correas por donde uno podía pasar los brazos, para encajarse el paquete como mochila. Pero es muy difícil hacer eso sin dejar de sujetar el paquete. En el aire, uno tiene muy presente que, si suelta, el paracaídas irá en una dirección mientras uno va en otra. Y eso es algo que entorpece notablemente toda gesticulación.

Mientras íbamos cayendo a plomo (¡por favor, Indy!, decía Darling tratando inútilmente de mostrarse serena), pasé el paquete por encima de mi brazo derecho. Lo más espantoso del trance es el momento en que uno queda de espaldas, manipulando, al objeto que tiene que salvarle. Entonces, uno es uno-y-la-naturaleza, el cielo

azul y la selva abajo, y la curvatura de la tierra y el aire puro entrándole por las narices, pero resulta muy difícil apreciar dónde está la gracia del asunto cuando se traba el brazo…

… Se traba con tanta fuerza que parece que uno no se va a liberar jamás…

… Como cuando, de pequeño, metiste la cabeza por un agujero y luego no la podías sacar… Dios mío, pánico, todo lo que entra sale. ¿Pero es que todo lo que entra sale realmente?

Me lo ceñí. Al menos, me lo ceñí a los hombros. Resultaba utópico tratar de atar las correas correspondientes a las ingles. También resultaba insoportable. El verde de la selva cada vez resultaba más próximo, más inmenso, más inmediato.

La anilla.

Tiré de la anilla y que fuera lo que fuera.

¡Frrrummmmrrmmm!, la tela que sale de la mochila, y los cables, y mis manos sujetando con fuerza los antebrazos de Darling que se ceñían a mis muslos…

… Y…

… ¡¡Thunqqqqq!!, el terrible tirón, de pronto uno sale despedido hacia arriba, como si un cable nos hubiera unido al avión y éste nos arrastrara impetuosamente…

… ¡Dioses, qué daño me hicieron las axilas, los omoplatos, las articulaciones…!

Y, de pronto, la nada.

Una nada verde y oscura. Una nada verde, lacerante, interminable, mientras Darling y yo atravesábamos las copas de los árboles más frondosos del mundo, rompiendo con nuestros cuerpos ramas y ramitas, y desprendiendo hojas, y con la obsesión de que ningún cable del paracaídas nos rodeara el cuello, sobre todo, que ninguno nos rodeara el cuello, porque más de uno había muerto ahorcado en semejante trance…

… Y, por fin, sobrevino el tirón, ¡¡bannng!!, y Darling se desprendió de mí. ¡¡Sschwaffff!!, y cayó al río mientras yo quedaba columpiándome, agarrado al salvador paracaídas.

Pensé: «Vaya: hemos tenido suerte…».

… Y entonces vi aquellos troncos que corrían a toda velocidad, nadaban, en dirección a Darling, que tenía medio cuerpo dentro del agua.

Precisamente esa mitad de su cuerpo que me había metido a mí en el embrollo.

Así que grité:

—¡¡Por todos los dioses, Darling, salta…!!

CAPÍTULO VIII

Darling Hillary era una mujer básicamente obediente. Eso le salvó la vida. Le decías «salta» y saltaba, y se agarraba a tus pantalones, y trepaba frenéticamente por tus piernas, y encogía las suyas, de tal forma y a tal velocidad que las mandíbulas de todos los caimanes que la pretendían se cerraban en el vacío, clap, clap, clap, hambrientas y frustradas.

—¡Por el amor de Dios, James, no te sueltes de ahí! —me gritó la chica.

Los caimanes, debajo, nos miraban como interesados por nuestra última decisión.

El caso es que yo no tenía la última palabra en el asunto. Mi peso era mi-peso-más-el-de-Darling, y las ramas que nos sujetaban y la tela del paracaídas tenían su propia opinión al respecto. Las ramas se combaban. Algunas se rompían, crac, crac, crac. Darling que tenía que encaramarse más a mí. El paracaídas se rasgaba, zzziisss…

—¡Por el amor de Dios, Indy…! —Exigía Darling, velando por sus intereses.

La solución estaba en columpiarse. Más allá, había una orilla, tierra firme. Así que me columpié.

—Vamos, Darling, vamos… ¡¡Salta!!

Nos miraban los caimanes, moviendo sus cabezas como los espectadores de un partido de tenis. A un lado y a otro, a un lado y a otro, a un lado y a otro…

—¡¡Ya!!

Salió disparada. La disparé, de forma poco gentil, proyectándola con mis piernas.

Cayó en blando y de pie sobre la arena de la orilla. Y,

automáticamente, se hundió hasta los muslos. Chilló: «Aaaaaaaaah». En mi siguiente vaivén, descubrí que ya estaba sumergida en la arena hasta la cintura.

—¡Por el amor de Dios! —dije y pensé—: ¡Arenas movedizas!

Y yo columpiándome.

Y abajo los caimanes, de mirones, interesados por lo que hiciéramos. Y supuse que, más abajo, las pirañas estarían agrupándose ordenadamente…

Me solté las correas que me sujetaban las axilas, y quedé colgado de las correas del paracaídas como Johnny Weissmuller. Me impulsé atrás, y luego adelante, en busca de la rama que se cernía sobre la chica.

Llegué a ella. Solté el paracaídas. Me tumbe boca abajo, tendí mi mano…

—¡¡Darling!!

… Ella se agarró. La icé. Bueno, es algo que hemos visto muchas veces en muchas partes, pero hacerlo es más difícil de lo que parece.

—¡Auuup! ¡Fuerza, fueeeerza!

La icé. La aupé hasta la rama. Me abrazó con una desesperación que me hubiera gustado más en otras circunstancias, y salió del barro hasta quedar junto a mí, boca abajo, sobre la rama horizontal, respirando fatigada y contemplando sin ver cómo los caimanes (yacarés, los llaman allí) reemprendían su vida cotidiana.

Nos miramos y pensamos los dos en lo mismo: ¡Oscar!

El avión alejándose por el cielo infinito y nosotros paralizados entre los quinches. ¿Qué podíamos hacer por el crío? Bueno, sólo había una solución… Correr, correr, correr en alguna dirección, siguiendo un camino al final del cual pudiera haber civilización, opinión, medios de transporte, mapas…

Saltamos a tierra firme con mil precauciones y corrimos sin ninguna precaución. La selva, tupida y asfixiante, no dejaba demasiadas alternativas. Cuando a la derecha tienes un río lleno de caimanes, a la izquierda un arroyuelo poblado de pirañas y detrás un jardín de arenas movedizas, la única dirección que te queda es el frente, aunque haya algunas ortigas que te irriten un poco las piernas.

Luego, vienen los mosquitos. Terrorífica niebla que te rodea y te

impide avanzar, dolor intenso en todo el cuerpo a la vez al ser aguijoneado cientos de veces por segundo. El barro es protección y lenitivo. Entre las ramas, corren serpientes, ¡sí, acabas de ver una!, serpientes multicolores, tan hermosas como venenosas. Y, por fin, la noche. Bordeando el arroyo a ciegas, a un palmo de las pirañas, observados de muy cerca por los ojos muy rojos de los babillas, cocodrilos pequeños pero no poco feroces.

Todo era como un gran absurdo, una comedia universal que dirigiera, condicionara e impulsara nuestras vidas. Al contrario que los personajes de obras de teatro intelectuales, no nos preocupaba dónde íbamos, ni de dónde veníamos, ni siquiera quiénes éramos. Hubiéramos cambiado cualquiera de esas preguntas por otra, más profunda: «¿Dónde hay una cabina telefónica?».

Nadie nos dio la oportunidad de plantearle nuestras preocupaciones filosóficas. Cuando amaneció, seguíamos andando. En el momento en que oímos el motor de una barca, concretamente, estábamos con el agua hasta las rodillas, avanzando y arrancándonos sanguijuelas al mismo tiempo.

Se agitó el agua como si los yacarés vinieran a por nosotros una vez más y una vez más agitamos el agua y gritamos: «Uh, fuera, fuera». Pero en esta ocasión el peligro no se alejó, sino que siguió insistiendo. Venía, venía, venía. No era el rugido de un animal: era un motor. Yo no sé qué opinarán los ecologistas y naturalistas de un fenómeno semejante, pero lo cierto es que yo, en aquel momento, adoré el motor de explosión, me pareció el mejor invento del hombre.

Allí venía, una canoa, avanzando majestuosamente, rodeada de humo de gasolina, polucionando el ecosistema con toda generosidad. Casi me envenenaron los efluvios del humo que salía del tubo de escape, pero me lancé al mundo tóxico con el ansia de un náufrago. Yo nadaba mientras Darling saltaba y movía los brazos en la orilla. Y la canoa frenó en seco y trazó una leve curva…

… Y una anaconda se encaprichó de mí y me rodeó con sus enormes anillos…

—¡Dioses, socorro…!

Es un abrazo potente, viscoso, resbaladizo e inmediatamente asfixiante. Las anacondas no suelen entretenerse con su presa, son seres expeditivos e impacientes. Si tienen hambre, van al grano, no

hacen durar el placer de la gastronomía como lo haría un *gourmet*. Capturan a su presa, la asfixian, le quiebran los huesos y la engullen sin ninguna etiqueta. No comen con los dedos por razones obvias, pero seguro que hacen ruido al masticar.

En cualquier caso, no tuve oportunidad de experimentarlo, afortunadamente. El bicho había decidido empezar a comerme por la cabeza y eso me permitió agarrarle el cuello con las dos manos. De este modo resistí en tenso forcejeo el tiempo suficiente como para que el ocupante de la lancha motora se echara el fusil a la cara, hiciera puntería y disparara. ¡Cram! Y la anaconda se relajó con un suspiro, doblando su cabeza destrozada sobre mis manos frenéticas. Resbalaron sus anillos sobre mi cuerpo y desapareció en el agua turbia.

Se trataba de un tipo bajo y gordo, de abundante pelo y barba blancos. Parecía simpático, aunque un poco sucio. Sin dejar de sonreír, puso en marcha la canoa y se alejó de mí.

—¡Eh, un momento!, ¿dónde va?, ¡vuelva…!

Iba a por Darling. Se comprende. Mojada de pies a cabeza, el vestido se le pegaba al cuerpo y se le transparentaba permitiendo per perfectamente no sólo todas las puntillas, adornos y costuras del sostén, sino también todo lo que había más allá del sostén. En aquella maldita selva oscura, verde, húmeda e impenetrable, no creo que fuera corriente encontrarse un bomboncito como la chica. Y el tipo de pelo blanco quería disfrutarla él solo, entendiendo que con mi presencia yo convertía una pareja en multitud.

Nadé tras él confiando que las pirañas se entretuvieran con la anaconda, que era quien sangraba. Le maldije, le insulté y blasfemé como nunca hasta entonces lo había hecho.

Llegó la canoa hasta la chica.

—¿Vas a la Gran Siesta, cariño? —Oí que preguntaba el tipo.

—¡Síiii! —exclamó Darling encantada.

—¡Pues sube, deprisa, que llegamos tarde!

Yo ya casi estaba llegando a la embarcación. Darling montó en ella. El tipo accionó el acelerador y la canoa se fue, ruidosa y polucionante, río arriba…

—¡¡Eeeeh!! —grité, horrorizado—. ¡¡Por todos los dioses, eeeeeeh!!

Desapareció la canoa entre los matorrales y troncos del primer

recodo. Yo nadé hasta tierra firme y salí del agua contemplando entristecido el borboteo que producían las pirañas dándose el festín con la anaconda.

Más tarde, supe que el tipo de pelo blanco y Darling habían mantenido una amistosa conversación en la que no entró mi nombre para nada. El tipo se presentó muy educadamente diciendo que se llamaba Barón Pall y que le llamaban Saratoga.

—¿Dónde estamos? —preguntó Darling—. ¿En Brasil?

—¡Claro, nena! En el estado de Amazonas, cerca del Perú…

—¿Y la tribu de los coxoas está por aquí cerca?

—En el nacimiento de este río. Yo voy a su poblado. Son ellos los que organizan la Gran Fiesta, nena, y cuando los coxoas organizan una fiesta, puedes estar segura de que te lo pasarás bien…

—De acuerdo —dijo Darling.

Sonrió al tipo, le puso los brazos sobre los hombros e hizo como si quisiera besarle. Barón Saratoga Pall se hizo ilusiones. Darling le clavó la rodilla entre los muslos, el tipo se encogió, Darling le empujó y le envió al agua turbia.

Mal que bien, la chica consiguió que la canoa diera media vuelta y volvió a recogerme. Bueno, fue una sorpresa. La verdad es que casi no me lo esperaba.

—Tenía que informarme, Indy, compréndelo —se explicó luego —. No podía deshacerme del tipo sin que me hubiera dicho dónde estaba la tribu coxoa, ¿no?

Reconocí que había actuado correctamente.

Cuando pasamos por delante de donde estaba Barón Saratoga Pall, me devolvió todos los insultos que yo le había dedicado momentos antes. Pero esta vez éramos nosotros quienes teníamos el fusil.

Pasó mucho tiempo antes de que volviera a ver a Barón Saratoga Pall y pude comprobar que no se había olvidado de lo que yo le hice…

Pero eso es otra historia.

CAPÍTULO IX

Más tranquilamente, con un rápido y cómodo medio de transporte, protegidos por el viejo «Remington» del amigo Saratoga y comiendo de sus provisiones de conservas, Darling y yo nos permitimos el lujo de poner en orden nuestros pensamientos. Básicamente, fue ella quien me pasó toda la información.

Cuando la secuestraron los hombres de Brownjohn, éste se volvió a encaprichar de ella gracias al «new *look*», le dio trato de favor y le desveló todos sus secretos.

Tal como yo sospechaba, Brownjohn tenía la intención de comerse al presidente de los Estados Unidos para adquirir así todos sus conocimientos y todo su poder. Era un plan que, desde hacía siete años, había ido preparando minuciosamente. Con sus campañas altruistas, se había ganado el favor del Gobierno, donde incluso se había llegado a decir que se veía con buenos ojos que los funcionarios pertenecieran al Club de los Generosos de Brownjohn. Tenía todas las ventajas de un partido político o una religión y ninguno de sus inconvenientes… O al menos eso parecía.

Gracias al Club de los Generosos, y mediante los más sofisticados métodos de persuasión, Brownjohn se había ganado para su causa a un buen número de agentes de la CIA. Y por fin, al acercarse el cumpleaños de Oscar, lo había preparado todo para que el secuestro del presidente se llevara a cabo a la perfección.

Preparó una convención de representantes de compañías caucheras e invitó al presidente. Todos los «representantes» eran hombres de paja, extraídos de la mafia entre los más eficientes y mejor preparados. Todos los agentes de la CIA y el FBI que protegían aquel día al presidente eran miembros del Club de los Generosos. Si a todo eso le sumamos la infraestructura de los principales

traficantes de armas y heroína del mundo (con los que Brownjohn se había congraciado), el magno secuestro no tuvo demasiadas trabas, después de todo.

Yo añadí mis propias deducciones, a partir de lo que me había dicho el agente Jervis, pobre, el de la voz meliflua. Para cuando pudo hablar conmigo, el presidente sin duda ya había sido secuestrado, aunque se mantenía en secreto. Jervis debía de estar investigando el hecho, la operación debía de llamarse «Látex Samantha» y quien dirigiera el cotarro debía de ser el tal Doug Delaware.

Todo cuadraba: incluso el hecho de que hubiera convencido al mundo de que, comiéndose a alguien, se convertía en ese alguien. Cuando trascendiera que se había comido al presidente de los Estados Unidos, nadie se atrevería a tocarle un pelo. Y, teniendo en cuenta sus dotes de convicción, incluso quizá se acabarían poniendo todos a sus órdenes.

Como se ve, en el trayecto por la selva del Amazonas hasta el poblado coxoa, Darling y yo no nos permitimos ninguna frivolidad. No había tiempo, en realidad. El reloj corría más que el viejo motor «Evinrude». Teníamos suerte de que, con sus provisiones alimenticias, Barón Pall hubiera cargado también unas cuantas latas de gasoil, porque en la selva no hay gasolineras.

Pero, cuando llegamos al poblado coxoa, era de noche: La noche del aniversario de Oscar: Íbamos con el corazón en un puño, angustiados, pensando que quizá lo hubieran matado ya.

Íbamos tan angustiados que ni siquiera nos asombró el aspecto de aquel poblado en mitad de la selva. Un antropólogo hubiera puesto el grito en el cielo al ver los efectos devastadores hechos por la «ayuda económica» que Brownjohn había dedicado a aquellos nativos amazónicos.

Lo primero que se oía, de lejos, al acercarse uno por el río, era el «Rock de la Cárcel» cantado por Elvis Presley a todo volumen. Por alguna razón que se me escapa, aquellos amerindios habían adoptado aquel tema como música ritual y lo escuchaban una y otra vez, ininterrumpidamente, a lo largo del día. Lo primero que se podía ver al llegar al embarcadero, era una ciudad provisional y enloquecida.

No había cabañas artesanalmente construidas según métodos

ancestrales. Había tiendas de campaña de todo tipo, desde esas azules y naranjas, individuales, que usan los boy-*scouts*, hasta las grandes del ejército. Había incluso una carpa de circo. Y también había *roulottes*, *roulottes* de todo tipo, color y tamaño.

Los coxoas habían asimilado de forma un tanto anárquica la moda occidental. No era raro ver hombres vestidos de mujeres o a sujetos que usaban los calzoncillos por encima de los pantalones. Estaban de fiesta, no cabía duda. Había tantos litros de alcohol circulando por allí como agua en todo el Amazonas y sus afluentes.

La relativa oscuridad nocturna y nuestras indumentarias embarradas, junto con la confusión reinante, nos permitieron entrar en el pueblo sin problemas. Aquí y allí se veían hombres con traje y metralletas, pero no parecían estar muy alerta. No debían de creer que allí fuera a sorprenderlos nadie.

Ni siquiera nuestro fusil «Remington» podía llamar la atención, porque muchos de los tipos que por allí danzaban iban armados. Abundaba el hombre blanco, aventurero o buscador de oro o minero sin fortuna en alguna de las prospecciones cercanas. Gente, en general, poco tranquilizadora y desprovista por completo de escrúpulos y que, por tanto, no hubiera movido ni un dedo para salvar la vida del presidente de los Estados Unidos o la de un niño de siete años. Muy al contrario, seguramente, disfrutarían del espectáculo, lo celebrarían con una risotada y retendrían hasta el último detalle para contárselo a sus nietos.

Darling y yo nos preguntábamos si aquella locura orgiástica sería la celebración que seguía a la consumación de los actos.

Como es de suponer, no era así. Habíamos llegado a tiempo. Incluso diría que justo a tiempo porque, cuando sólo habíamos tenido ocasión de descubrir dónde estaban el breve campo de aterrizaje y la lujosa avioneta Gulfstream IV, dejó de sonar el «Rock de la Cárcel» por los altavoces y un simpático locutor, en idioma coxoa, dijo algo que dirigió la atención de todos hacia la carpa del circo.

Nos unimos a la muchedumbre que, en peregrinación, se dirigía al remedo de templo y, por el camino, elaboré un plan sencillo, aplicable en cualquier circunstancia y, eso sí, absolutamente suicida. Mi plan empezaba con la palabra «Separémonos…».

Al principio, quien más riesgo corría era Darling, porque tenía

que avanzar sola por entre aquella marea de aventureros sedientos de alcohol y hambrientos de sexo, pero era tal la cantidad de lodo que la chica llevaba encima que, vista de lejos, calculé que a duras penas parecía una mujer. Recé por ella, crucé los dedos y me abrí paso a codazos para conseguir un puesto preferente en las gradas del circo.

Aquellos tipos entraban alborotando como si fueran chicos. Alguno incluso disparaba al aire, a falta de petardos o cohetes multicolores.

Trepé por la estructura de madera y me apuntalé junto a una columna, dispuesto a que nadie me moviera de allí.

En el centro de la arena del circo había dos camillas, como dos altares. A modo de escenario, una especie de tótem espantoso, de madera requemada, representaba a un monstruo de largos dientes afilados y notable pene en erección. A un lado, un equipo de vídeo U-MATIC, profesional, con todos sus eficientes técnicos, convertían el lugar en un plató de cine. En conjunto, hay que decir que todo respiraba muy poca seriedad.

Por fin, se nos rogó silencio y la ceremonia y mi plan empezaron a desarrollarse con toda normalidad.

El Indio Brownjohn entró vestido de forma extravagante y pintarrajeado de pies a cabeza con colores chillones. Con él, iban un par de indios ancianos transportando pebeteros humeantes. Detrás, unos cuantos mafiosos con traje de calle empujaban a los prisioneros. El presidente mantenía una actitud arrogante y digna. «¡Se arrepentirán!», exclamaba. Oscar, sonreía muy confiado y miraba en torno, esperando que alguien le salvara. Adiviné que pensaba en mí. El chico seguía viviendo en una película donde el héroe siempre interviene en el último momento. Yo esperaba no defraudarle. El tercer prisionero era un tipo limpísimo, de piel muy blanca y traje color hueso, que trataba de zafarse de las manos de sus apresadores con gestos que daban a entender que le molestaba más que la mancharan que la posibilidad de ser asesinado.

En uno de estos custodios reconocí a Ronnie, aquel mafioso que cayó del coche, el que le contaba cuentos a Oscar, su niñera.

En el momento preciso, Darling hizo su entrada en escena. «¡Buck!», «¡Darling!», qué maravillosa sorpresa, se abrazaron. El Brownjohn que se había convertido en Indio ya daba por muerta a

la chica, cuánto se alegraba de volverla a tener a su lado, pero (como yo había previsto) no tenía tiempo que perder. El sacrificio tenía que realizarse a la hora exacta, ni un segundo antes, ni un segundo después. Si Darling era tan amable de esperarse ahí al lado, un segundo…

Los indios ancianos gritaban y cantaban. En una bandeja, le ofrecían a Brownjohn el cuchillo con que debía cuartear al niño y al presidente de los Estados Unidos.

Era el momento. Darling estaba en el lugar preciso para agarrar al chaval y salir corriendo con él. Perfecto.

Me eché el fusil «Remington» a la cara.

Y, entonces, alguien me agarró del pie y tiró de mí brutalmente, derribándome de las gradas de madera.

Caí al suelo de tierra batida, mientras Brownjohn terminaba sus oraciones, y sobre mí cayeron dos expertos de la CIA poniéndome rodillas en el pecho y apuntándome con sus «Ingram», mientras Brownjohn tomaba el cuchillo y empezaba a invocar a los dioses para que lo bendijeran, y yo aparté las metralletas y me incorporé con todas mis fuerzas, catapultando a los dos tipos de espaldas; mientras Brownjohn levantaba el cuchillo por encima del cuerpo del confiado Oscar, que creía que Indiana James nunca lo abandonaría…

De un puntapié, le desencajé la mandíbula a uno de los agentes. El otro me iba a disparar, salté sobre él chillando:

—¡¡Policíaaaaa!!

Pero la verdad es que no pensé que eso pudiera servir de nada.

Mientras yo estaba aporreando al hombre de la CIA, llegó el instante preciso de la conmemoración del nacimiento de Oscar y Brownjohn y los dioses estuvieron de acuerdo en que era oportuno descargar el cuchillo sobre el niño.

Ahora o nunca, debieron de pensar.

Y cayó el cuchillo.

CAPÍTULO X

Sonó un disparo y, de pronto, nadie supo qué sucedía.

La bala entró por la nuca del Indio Brownjohn y le salió por la boca, arrancándole los incisivos inferiores.

Cavó el cuchillo al suelo, donde quedó mal clavado, y Darling, sin preguntarse nada, agarró a Oscar, lo desató, tiró de él y lo abrazó con fuerza, llorando. A todo esto, la confusión provocada era tan absoluta que nadie tuvo tiempo de preguntarse quién había disparado.

Mi grito de «Policía», más el tableteo de la «Ingram» del tipo con quien yo forcejeaba, más la caída de un par de tipos alcanzados por las balas perdidas, todo eso sumado a la muerte del sacerdote oficiante y al jaleo que se organizó en torno a los altares, desató una especie de pánico y aquella muchedumbre borracha empezó a disparar y a pegarse, a aullar y tratar de huir, y el circo se convirtió en un infierno.

El que había disparado, naturalmente, era Ronnie. Ronnie El Asesino, el que había criado a Oscar desde pequeño. Más tarde diría que fue un impulso desesperado que nació al ver que Darling estaba viva y que besaba a Brownjohn. En el fondo, Ronnie El Asesino amaba a Darling casi tanto como a Oscar, y no podía soportar la idea de perderlos a los dos a la vez.

Por eso disparó contra Brownjohn, y siguió disparando, contra el mafioso que tenía a su lado, contra los indios ancianos, contra todo el que se puso a su alcance. El hombre atildado del traje color hueso le ayudó repartiendo golpes de karate en todas direcciones.

En menos de un segundo, ya estaban corriendo hacia la parte de atrás Ronnie, Darling, Oscar, el presidente y el hombre atildado, todos con la mente fija en la avioneta Gulfstream IV.

Yo me abrí paso disparando las dos «Ingram» a la vez. Cuando agoté las balas, las usé como martillos.

Tuve la suerte de que alguien me golpeara y me derribara. Quedé tumbado en la sombra unos segundos y, cuando me levanté, el epicentro de la catástrofe se había desplazado más allá y pude echar a correr tranquilamente en dirección al avión.

Atrás dejé una escalofriante batalla campal.

Oscar, al verme, se desprendió de las manos de Ronnie y corrió alborozado a mi encuentro.

—¡Indy! —gritó—. ¡Sabía que vendrías a salvarme!

Me pareció que era injusto con Ronnie. Quizá el alboroto formado por mí al fondo de la sala hubiera ayudado un poco a su salvación, pero no estaba bien olvidar que era Ronnie quien había disparado el tiro.

Nos abrazamos al pie del avión.

El hombre del traje color hueso me encañono con una pistola.

—¡Látex Samantha! —grité.

—Soy Doug Delaware —respondió. Al parecer, este simple diálogo bastó para que me considerase de fiar—. Suban al avión.

—Nosotros, no —dijo Darling, abrazando la cintura de Ronnie El Asesino y pasando su mano por el cabello de Oscar—. Creo que nos quedaremos por aquí un tiempo… para meditar. Quizá, después de todo, podamos formar una familia feliz.

Sonreí tristemente. Después de todo, me iba a separar de la adorable Darling sin poder besarla siquiera. En fin, había perdido mi oportunidad. Ahora, le tocaba el turno a Ronnie El Asesino.

—Vamos, vamos, al avión —me apremió Delaware.

—Adiós —dije. Y subí al avión.

—¿Sabe usted conducir esto? —me preguntó Delaware.

—Si…

—¡Pues condúzcalo, demonios! ¡El señor presidente está muy cansado y esta noche quiere dormir en su casa…!

—Está bien —dije…

… Y nos fuimos.

Amanecía cuando Doug Delaware, después de haber echado un sueñecito reparador, entró a preguntarme qué tal andaban las cosas.

—Bien —le mentí. De vez en cuando, pensaba en Darling y me deprimía.

—Buen chico —comentó—. Ha hecho usted un buen trabajo. ¿No tiene ninguna tarjeta suya, para tenerle en cuenta, por si necesitamos algo en alguna ocasión…?

Automáticamente me desprendí la tarjeta que aún llevaba colgando de mi chaleco de cremalleras, el distintivo que me había permitido asistir a la conferencia de prensa de Brownjohn. Estaba cubierto de barro, pero la funda de plástico lo había protegido de la destrucción total. Decía: «Zenna Davis New York Times», pero Delaware se lo guardó sin mirarlo siquiera.

—Ah… —terminó, como por casualidad—. Ni una palabra de esto a nadie, ¿eh? Razones de Estado.

Eso me recordó a Oscar y me deprimí un poquito más.

EPÍLOGO

—¿Que no se puede decir nada? —gritó Zenna Davis, mirándome con ojos desorbitados—. ¿Que no se puede decir nada…? ¿Por qué no se puede decir nada?

—Lo de siempre, Zenna. Razones de Estado. ¡Comprenderás que el presidente no considera oportuno que se vaya diciendo por ahí que puede ser secuestrado por cualquier tribu de caníbales cada vez que a su rey le entre el apetito! ¡Y a la CIA no le conviene que se sepa que más de la mitad de sus agentes, todos aquellos que pertenecen al Club de los Generosos, hacen el papel de camareros en el restaurante de los antropófagos…!

—¡Pero, Indy, demonios…, ya estoy harta…! ¡No pude hablar del asunto de «Hong Kong Rock»[9] por razones de Estado, no pude hablar de lo ocurrido en Stonehenge[10]) por razones de Estado, no pude hablar del «Caso Dyson»[11] por razones de Estado…!

—¿Y yo qué quieres que te diga…?

—¡Cada vez que te has metido en uno de esos fregados, te he adelantado dinero, Indiana James…! ¡Y, luego, he tenido que reponerlo de mi bolsillo, Indiana James…!

—Bueno, lo siento, yo…

—¡Quiero que escuches una cosa, Indiana James! ¡Estamos en un país libre, la prensa es el Cuarto Poder, y nadie tiene suficiente poder ni suficientes agallas como para taparle la boca a Zenna Davis, así que ya puedes darme un relato bien detallado de todo lo que ocurrió, y yo corro con la responsabilidad del… de la…!

Yo no decía nada. Yo sólo la miraba. Así, con la cabeza un poco ladeada y la boca un poco torcida, pero que conste que no dije nada.

Si Zenna Davis llegó a la conclusión de que estaba diciendo

tonterías fue ella sólita y sin necesidad de que nadie la empujara a ello. Se relajó.

Puso cara de fastidio, se conformó, me echó los brazos al cuello y gritó:

—¡Oh, Indy cheri, te quiero!

Y yo, claro, tal como estaban las cosas, no pude negarle nada Razones de Estado.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Para entender estos delirios leer el n.º 11 de esta colección «Ayer, hoy y Mañana». < <

[2] Leer el n.º 3 de esta colección «LA MALDICION DE LOS 1000 SIGLOS». <<

[3] Leer el n.º 4 de esta colección «EL PANTEON FLOTANTE». < <

[4] Leer el n.º 5 de esta colección «EN BUSCA DE LA PREHISTORIA». <<

[5] Leer el n.º 11 de esta colección «Ayer, hoy, Mañana». < <

[6] Leer «EL DIENTE DE PERRO», n.º 2 de esta colección. < <

[7] Leer «LOCOS DE ATACAR», n.º 8 de esta colección. < <

[8] Ver el n.º 2 de esta colección «EL DIENTE DE PERRO». < <

[9] Ver «Hong Kong Rock», n.º 1 de esta colección. < <

[10] Ver «LA MALDICION DE LOS 1000 SIGLOS», n.º 3 de esta colección.
<<

[11] Ver «Locos de Atacar», n.º 8 de esta colección. < <